

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 82 - Diciembre de 2016 - Distribución gratuita | www.universocentro.com



8

Amanecer sin Fidel

9

Entre todos

10

El hombre detrás de El Paquete

14

Ellas también ponen huevo

18

El miedo a mirarnos

24

Un año como los otros

26

Perdón



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina

EDITOR

- Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora Meléndez

- Guillermo Cardona

- David E. Guzmán

- Andrés Delgado

- Anamaría Bedoya

- María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

- Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

- Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

- Gloria Estrada

ASISTENTE

- Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 82 - Diciembre 2016

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

¡Noticia en desarrollo!

El vicepresidente Germán Vargas Lleras renunció al gobierno luego de prender las luces en un tramo que aseguró es el 87% del Túnel de la Línea. Desde hoy es oficialmente el candidato presidencial de Cambio Radical, partido que busca que su nombre sea también su eslogan de campaña. Criticó la parsimonia gubernamental y aseguró que en su mandato se terminará mucho más del 13% que quedó faltando. Respecto al proceso de paz dijo que apoya algunas de sus “consecuencias” pero que se concentrará en combatir las peligrosas disidencias en algunos departamentos. En medio de la cabalgata que marcó el primer paso de su campaña no quiso referirse a posibles alianzas.

Aristóbolo Istúriz asumió hoy como presidente de la República Bolivariana de Venezuela. El profesor Istúriz llega al solio de Bolívar luego de la renuncia de Nicolás Maduro cuando la Asamblea intentaba, a los gritos y sin volumen en la televisión nacional, un juicio de destitución contra el presidente. Todos los radares le marcan ruta a La Habana al avión que usaran los sobrinos de Cilia Flórez, exprimera combatiente de la nación. El nuevo gobierno decretó acuartelamiento de único grado y la oposición se ha declarado lista para tomar la calle. La policía ha intentado infructuosamente disolver las filas en bancos y supermercados en algunas ciudades. Son contradictorias las noticias sobre Diosdado Cabello, diferentes medios han asegurado haberlo visto entrar a cuatro ministerios a horas coincidentes.

Jesús Santrich ha dicho hoy en una entrevista para la emisora comunitaria Nueva Sustitución en Tibú, Norte de Santander, que está pensando muy bien su posible aspiración al Congreso de la República en 2018: “Hemos visto el trabajo de los compañeros de Voces por la Paz y la verdad es un escenario difícil. Una tierra infecunda, yerma, colmada por los vicios de la burguesía que todo lo convierte en maleza. Tengo más voz que votos y pienso dedicarme a mi grupo musical y a trabajar en la Fundación Jacobo Arenas que tengo el honor de presidir”. Los senadores de todas las vertientes políticas han celebrado la decisión y el canal del Congreso decidió cancelar la prevista ampliación de horarios.

El alcalde Federico Gutiérrez decretó hoy desde La Alpujarra un “toque de queda” para la administración municipal. Prometió tres meses de dedicación exclusiva al trabajo de oficina y aseguró haberse acostumbrado, con evidentes dificultades, al tinto del piso 12. Las críticas por su “caminadera” habían crecido y los grafitis se multiplicaban en los barrios de la ciudad: “Portate bien, quedate en la oficina”, “Abajo el TVTrabajo”, “Más Excel y menos calle”. El alcalde se despidió de los ciudadanos de a pie con un sentido discurso en el Concejo. Se respira nerviosismo en los pasillos de la colmena municipal y algunas señoras del aseo mostraron emoción por la posibilidad de conocer al no tan nuevo mandatario: “Luz de la calle y oscuridad de la casa”, alcanzó a decir una de ellas en medio de las risas de sus compañeras.

Bogotá aplazó por segunda vez en el año la licitación de la primera línea del metro. Tres tutelas, dos acciones populares, una acción de cumplimiento y cuatro demandas ante el Contencioso Administrativo hicieron imposible la apertura que se tenía planeada hoy en el portal de Transmilenio de la 80. El alcalde Peñalosa dijo que se trata de un bloqueo de los partidarios del “sótano” de la política distrital, mientras la oposición habló de los “pajaritos en el aire” que quiere pintar el mandatario con el metro elevado. Los colectivos, Uber, la asociación bicitaxistas de Suba y Uldarico Peña han emitido un comunicado conjunto donde elogian la decisión por su apego a la ley y terminan con un “¡NO! A LA IMPROVISACIÓN. Hemos esperado cincuenta años, no es hora de correr”. Se anuncia campamento en la Plaza de Bolívar.

El papa Francisco aterrizó esta tarde en el aeropuerto El Dorado en medio de una tempestad que dejó inundaciones en algunos barrios y un monumental caos vial. Ante las dificultades en la capital el expresidente Uribe no dejó de recordar sus advertencias a través de Twitter: “Anuncié Rionegro como posibilidad. Gobierno derrochón prefirió arriesgar al pontífice a 2600mts”. El segundo trino del líder del CD desató una avalancha de comentarios y memes en las redes sociales: “No estamos de acuerdo con misa en el Parque Simón Bolívar. Castrochavismo”.

A falta de una fecha para culminar las eliminatorias al mundial de Rusia 2018, la selección Colombia vio morir su sueño de clasificar a una nueva cita mundialista. De los quince puntos disputados este año, el combinado patrio apenas sumó tres: dos empates en casa ante Bolivia y Paraguay, y uno de visita ante Venezuela. La falta de gol y los errores en defensa ubican a la selección en el octavo lugar de la tabla, solo por encima de Venezuela y Bolivia y sin opciones matemáticas para pensar al menos en el repechaje. A pesar del golpe anímico que significa decir adiós a Rusia 2018, José Néstor Pékerman manifestó sus intenciones de seguir al mando de la tricolor. ©

Fuera de lugar

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: Camila López

El partido está cero a cero, pero en las tribunas la multitud corea himnos, vocifera nombres, grita improperios y consignas. Es una sola voz, atronadora, la que ahora hace temblar las columnas del estadio. Veo el abigarrado panal de fanáticos que se mueve como una sola y enorme criatura febril que extiende lenta y pesadamente su materia hacia los cuatro puntos cardinales. En algún momento me acosa el deseo de orinar. Debo empezar a abrirme camino entre una trifulca de energúmenos que se acaba de formar. A golpe de empujones voy hacia un rectángulo con barandas donde comienzan las escaleras de salida hacia los pisos inferiores. Una ráfaga de aire fresco llega desde el mundo exterior, ajeno al drama que aquí se celebra, un lugar donde tal vez otra clase de vida nos aguarda. De repente he transpuesto el rebaño. Al otro lado me restablezco, y logro al fin saltar al corredor central. Camino en dirección a una luz blancuzca que se refleja en un pequeño charco en el piso: debe ser el baño, lo recuerdo. Y mientras dirijo mi humanidad en esa dirección me encuentro, casi a boca de jarro, con un profesor de psicología que camina, con aire peripatético por el pasillo casi vacío. Lleva un pocillo, tal vez de tinto, en una mano, como si se tratara de un monje transitando por un monasterio en hondas cavilaciones, e indiferente al retumbar de las voces fanáticas. Lo veo venir, y cuando está a unos pasos, me reconoce. Creo haber cruzado dos palabras con él. Se trata de un tipo de académico que pulula en los ambientes ilustrados; uno de esos que parece estar convencido de tener siempre un pie adelante de la plebe, ¿viene de allí acaso la palabra pedante? No lo sé. En todo caso me siento ridículo con mi camiseta firmada por la estrella de mi equipo y una cachucha comprada en la tienda oficial. Él, por supuesto, va vestido con su traje formal, corbata y mancornas. De seguro ha de pensar que no puede hacerse nada trascendente en este mundo si no se sabe psicología. Por fortuna no le guardo ningún rencor; más aún, he creído que nadie como él se merece mi desprecio. Me levanta las cejas a manera de un cicatero saludo, poco antes de inclinarse a abrir una puerta que pareciera una cocineta: no se ve ningún letrero que indique de qué dependencia hace parte. Al pasar advierto que hay allí un despacho, con un anaquel repleto de volúmenes que flanquean el escritorio.

Tengo demasiada premura por vaciar mi vejiga, entonces sigo de largo hacia la luz que me ha parecido el signo de los orinales. Por fortuna he intuito bien. Mientras alivio mi urgencia, sin evitar sentir el áspero aroma a amoniac, también me pregunto qué diablos hace un académico en este lugar. No puedo evitar mi curiosidad, pienso en evadir mis reticencias con este personaje, pero pareciera que la multitud me da fuerzas para abordarlo, me le planto en el dintel.

—Buenas tardes, profesor.

—Buenas tardes.

—Quizás usted me recuerde... Disculpe, me ha parecido curioso que un pensador como usted atienda precisamente aquí.

—Yo no estoy atendiendo a nadie —me dice con una risa que intenta ser amable, pero es apenas formal.

No tengo ganas de discurrir con él sobre nada, dado que me estoy perdiendo el juego, y no olvido además que esta clase de sujetos fácilmente puede considerarlo a uno un tarabana.

—Bueno, solo hablamos una vez, creo. Fue acerca de unos libros que usted mandó a encuadernar donde mi cuñada.

—¿A qué clase de textos alude usted?

—No lo sé, profesor, me acuerdo que eran unos libros como azulitos...

—Bien, ¿y eso a qué viene ahora, señor?

—Me imagino que era uno de esos libros que tratan de problemas...

—¿Problemas?

—Sí, los problemas de los que se ocupa el pensamiento occidental —por fortuna me acordé de esa frase que había aprendido de Bertrand Russell, en un folleto leído para un examen, en el bachillerato.

El hombre sorbe su bebida sin inmutarse.

—Mire, mi cuñada se llama Amanda y tiene...

—Ah, claro —dice con un asomo de emoción—. Sí, ¡cómo no! ¡Amanda! Es la que tiene esa fotocopidora, tan pintoresca, en un contenedor, creo...

—La misma.

—Sí, claro que la recuerdo. Aprender es recordar, decía Platón.

¡Gooool... Gooool... Gooool!

Un estruendo infernal hace trepidar el concreto de este edificio como si se tratara de un *pancake* de banano. El profesor parece no conmoverse, antes bien, pone el pocillo en

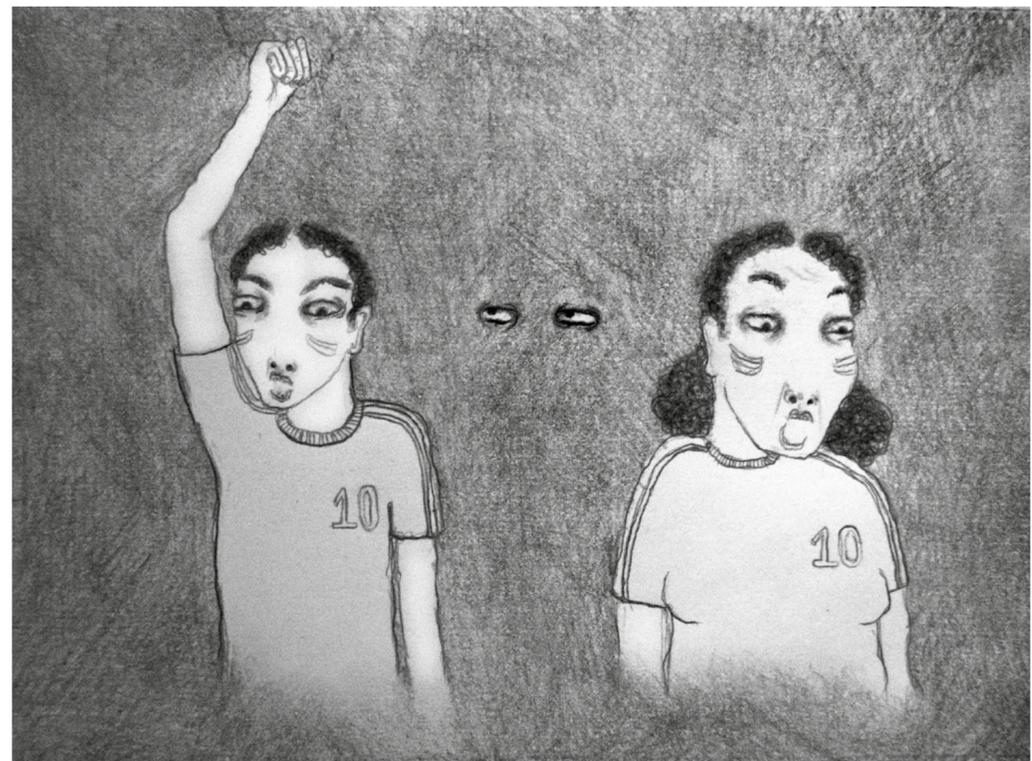
la madera en el escritorio, abre uno de los cajones y extrae de allí un pequeño aparato con una forma similar a la de un fonógrafo diminuto. De inmediato veo una celdilla que se ilumina con un número. Luego saca una tabla, como las de los entrenadores, con un fajo de planillas oprimida por un gancho. De la gaveta saca una pluma y empieza a anotar algo.

—¿Qué se le ofrece por estos ladrosos? —dice, sin dejar de mirar la aguja que oscila nerviosamente mientras deja un surco de tinta en una superficie encerada. Voy a cerrar la puerta cuando siento la necesidad de desembuchar mi inquietud, y la razón por la que estoy aquí mientras el templo del fútbol parece levitar de emoción. Antes de mi pregunta el profesor suelta su prefacio a modo de respuesta.

—Mi problema ahora es estudiar al hombre-masa —dice—. Por eso he abandonado por un tiempo los claustros de mi facultad, de modo que pueda concentrarme de lleno, *in situ*, al estudio del comportamiento colectivo. La vida del individuo ya ha sido ampliamente dilucidada por diversas ramas de la psicología, aún desde la filosofía, solo que ahora ha llegado el momento...

Un enorme sonido como el desinflar de un globo se escucha por doquier. El profesor olvida medirlo esta vez, o no lo considera relevante. Entonces pienso que su ceguera puede ser otra forma de fanatismo, como el de los que solo tienen ojos y oídos para el gol, mientras ignoran los encantos del juego, las estrategias del campo, la técnica para asimilar una derrotada.

El profesor me entrega una encuesta en blanco, va a tomarme una placa fotográfica porque dice que no cuenta con ningún dato sobre un hincha después de que este va al baño. Entonces me percató de que ha estado espíandome, tal vez, incluso en el orinal. De pronto empiezo a sufrir una especie de furia que sube como levadura por mis vértebras. Parece un montón de espectadores diminutos que se precipitan por una boca de salida. Siento que debo actuar al llamado de mi especie, algo a lo que no puedo renunciar tan impunemente. Mis puños se crispan, echo mano de la manopla que he ocultado entre mis genitales. No voy a permitir que alguien me espíe solo como materia de investigación. Avanzo para destrozarle la cara de un puño, pero en ese momento, el profesor debió hundir algún botón porque, de modo instantáneo, un vidrio se ha cerrado desde arriba. Entonces se acerca para observarme con fijeza mientras apunta con premura algo que no puedo saber qué es. De un momento a otro soy su cobbya. Comienzo a dar fuertes golpes contra el cristal, pero debe tratarse de otro vidrio templado. Al fondo del corredor alcanzo a ver a dos guardas de seguridad cubiertos de un traje de pasta, a la manera de los robots baratos de semáforo. Es en ese momento cuando escucho en mi sangre el llamado de la especie, un dictado imposible de evadir. Soy un hombre masa, de hecho, y no voy a renunciar así como así, tan fácilmente a mi condición, solo como una pose civilizada. Entonces corro a refugiarme en la tribuna. ©



Malas hierbas

por ISABEL BOTERO

Ilustración: Samuel Castaño

El hambre atacaba una vez más. Eran como soldados que se arrastraban por sus intestinos. A veces lo hacían camuflados en la noche y su avanzada era lenta pero sonora. Era el sonido de cañones que lo consumía. Otras veces atacaban de golpe y creaban un vacío insoportable, lleno de efluvios gástricos que lo punzaban en lo más profundo del estómago y en la boca del esófago. No solo era ausencia de comida, era un vacío existencial que lo mataba y al mismo tiempo era lo único que lo sacaba de la cama.

Abrió los ojos y los clavó en la mancha de humedad dibujada en el techo. Cada día buscaba formas escondidas y las encontraba sin esforzarse demasiado. Lo último que recordaba era un perro sin orejas, un bebé gateando, y esa mañana, un pájaro de pico largo. El olor a orines del cuarto le llegó de golpe. Estaba acostado sobre un colchón que ocupaba casi todo el espacio. No había ventanas y un mantel de plástico hacía las veces de puerta. Se giró y pudo reconocer la silueta de la mujer que dormía a su lado. Era extraño ver ese cuerpo. Más que extraño, perturbador. Estaba acostada de lado y el hueso de la pelvis sobresalía. Era tan flaca que parecía que la carne apenas

le alcanzaba a cubrir los huesos. Dormía con la boca abierta y podía sentir su aliento fétido. No entendía cómo había sucedido, en qué momento había dejado de dormir solo.

Hacía dos días se había enterado de la noticia. La Flaca había estado vomitando más que de costumbre y la llevó arrastrada al centro médico. La doctora le había puesto un aparato y les explicó que ese golpeteo que escuchaban era el corazón de un bebé. La Flaca se había puesto a llorar. Ser mamá era lo último que quería. A él, por su parte, la noticia le removió las tripas y le despertó algo que había tenido adormecido durante muchos años. Lejos estaba de ser alegría, era otra cosa, pero aún no podía comprender qué era.

Salieron del centro médico caminaron en silencio. Eran dos completos

desconocidos unidos por noches lluviosas y la necesidad de un cuerpo caliente. El sexo había sido entre ellos un ejercicio mecánico.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó él.

—Me le voy a tirar al metro.

Él nunca sabía si ella hablaba en serio o no. Tenía un sentido del humor bastante extraño.

—Venga —le ordenó él y comenzó a caminar.

—¿A dónde? —le preguntó ella mientras lo seguía.

—A una pensión.

—¿Y cómo la va a pagar?

—Yo veré.

—¿Y por qué está tan seguro de que el bebé es suyo?

Cantinflas se detuvo. Era cierto. ¿Y si el bebé no era de él? Al fin y al cabo, solo habían tenido un par de encuentros y poco la había visto desde entonces. La Flaca vio sus ojos desorbitados. Ella reconocía esa cara de desconcierto y le sonrió con algo de ternura.

—Es suyo.

Se levantó y se vistió. No podía adivinar la hora, pero la supuso por el ruido de los carros en la avenida. Se sentó en el colchón para ponerse unos zapatos sin cordones y la Flaca giró, dejando ver cada una de sus vértebras. Tomó el peluche del canario Piolín y se lo puso

cerca de la cara para que fuera lo primero que ella viera al abrir los ojos. Desapareció tras el mantel de flores y caminó por los corredores oscuros de esa pensión donde dormían fantasmas por diez mil pesos la noche.

Caminó con semblante preocupado por La Playa y en la esquina con Junín un vendedor de fruta lo invitó a un trozo de papaya, el único alimento que le ayudaba a calmar la gastritis que lo estaba devorando. El vendedor lo notó apesadumbrado y le preguntó si estaba bien. Cantinflas quiso contarle que la Flaca tenía un frijolito que le estaba creciendo adentro, que no sabía cómo iba a hacer para quererlo, para darle de comer, pero se calló y le dijo que había soñado con un pedazo de mierda con ojos.

A esa hora de la mañana comenzaba la vida agitada debajo del viaducto del metro, donde cientos de vendedores desperdigaban en el suelo objetos de todo tipo en un caos ordenado: antigüedades, muñecos, bacinillas, repuestos, gafas, escapularios, muebles, despertadores, cucharas de afeitado, relojes, cucharones y

sombreros. A simple vista, basura. Allí llegó Cantinflas. Los vendedores lo conocían y le tenían cariño, era un buen cliente y tenía el don de encontrar objetos extravagantes y originales entre las montañas de chécheres, afilando los ojos y olfateando. Ese día tuvo suerte y encontró un peluche del gato Silvestre, otro del Rey León, un estetoscopio, unos collares fosforescentes y un sombrero de cartón con purpurina dorada. En uno de los puestos un vendedor le estaba quitando el polvo a un esqueleto de esos que había en su escuela en la clase de biología, y Cantinflas pensó en la Flaca. Coronó la mañana con un carrito a control remoto, sin control y sin remoto.

Las náuseas le llegaron de golpe y le dieron ganas de vomitarlo todo. Era un tormento proveniente del estómago que se apoderaba de su cuerpo. A veces, un eructo le ayudaba a aliviar el tremendo asco que la corroía. Sentía asco del aire, del colchón, de las paredes, de los olores, de la luz. Y ahora, asco de albergar un saquito lleno de sangre y células inmundas.

Unos gritos la sacaron del duermevela. Tardó en reconocer dónde estaba. Por primera vez en mucho tiempo dormía en el mismo sitio durante más de tres noches seguidas. Estaba acostumbrada a dormir donde la cogiera el sueño, un parque, una acera, un puente, le daba igual; pero desde que se había puesto mala, como decía ella, Cantinflas hizo todo lo posible para que pudiera quedarse con él en el cuarto. El peluche de Piolín le ayudó a recordar dónde estaba y se preguntó por él.

Tenía hambre, pero la idea de comer le daba en náuseas. Se sentó y encendió un *bazuquito* que le había quedado de la noche anterior. Miró su barriga. No entendía cómo no se le veía nada aún. Las tetas tampoco le habían crecido y seguían siendo los mismos dos mamoncillos de siempre. La médica les dijo que la noticia podía ser traumática al principio pero que poco a poco comenzaría a hacerse a la idea de ser mamá y sentiría emoción, pero ella, aparte de asco, no sentía nada.

Un recuerdo caprichoso surgió de la nada. Su madre había organizado un agasajo para su hermano y para ella que habían hecho juntos la Primera Comunidad. En el solar de la casa había mesas con torta para los niños y trago para

los adultos. A ella le habían regalado una muñeca rosada con lazos que venía acompañada de un ajuar repolludo y a su hermano un cohete luminoso. Ese día conoció la envidia y fue tanta, que el cohete terminó aplastado bajo las ruedas de un bus y la muñeca descuartizada en un basurero. Nunca más le volvieron a regalar muñecas o ninguna otra cosa. Ni falta que le hacía, a ella le gustaba era correr, andar en bicicletas prestadas y jugar al pañuelito, mientras que las niñas del barrio jugaban a ser maestras, secretarías y mamás.

Escuchó unos pasos que se acercaban y se hizo la dormida. A Cantinflas le molestaba tener que caminar en un tapete de huevos, ser invisible, pero tampoco quería despertarla y tener que mirarla a los ojos, hablarle, preguntarle qué había soñado, si tenía hambre o náuseas. Quería que desaparecieran, ella y el frijolito, pero ya era demasiado tarde. Ella, por su parte, no quería ver su mirada lastimera, ni contestarle sus preguntas torpes y jugar a la casita. Con movimientos sigilosos, Cantinflas dejó los cachivaches arrumados en un rincón y salió. Ambos respiraron tranquilos.

Estuvo todo el día de arriba para abajo. A media tarde fue donde la chocona que lo invitó a almorzar a cambio de hacerle algunos mandados y ayudarlo a descargar unos bultos de plátano. Comió consomé, pescado frito y patacón. Le dejó de regalo a su negra un collar que se prendía y se apagaba, y se fue. El almuerzo lo había dejado noqueado y ahora tenía sueño. Hubiera dado lo que fuera por ir a visitar a su madre, oler el aroma a jabón Rey de su pelo, echarse en la hamaca del patio, sentir la humedad de las plantas, escuchar los ruidos del barrio y quedarse dormido hasta que el olor del chocolate y la parva lo despertaran y... casi lo atropella una moto, perdido como iba en sus pensamientos.

La Flaca se peinó las tres greñas que tenía, se puso las chanclas y salió. El vestido corto le dejaba ver sus piernas huesudas con forma de alicate. Caminó por la Oriental y llegó al caspete de un tío que vendía yerbas para curar de todo, junto al Parque de San Antonio. Le pidió algo para quitarse las náuseas y el tío no tuvo que preguntarle nada. Sacó agua caliente de un termo y puso a remojar unas flores de manzanilla.

—¿Y sabe de quién es? —le preguntó.

Ella lo miró por encima de la taza sin decir nada y asintió con la cabeza. Sabía que su tío era medio brujo y era mejor no mentirle. Él acercó una butaca, la puso a su lado y le ordenó que se sentara. La Flaca obedeció y él regresó con una arepa de chócolo y una aguapanela. Ella comió despacio sintiendo que iba a vomitar en cualquier momento, pero logró terminar sin devolver nada. El tío le preguntó cuánto tenía y ella le dijo que tres meses.

—Oiga, tío. Y usted no tiene nada para...

—¿Para qué? —él sabía exactamente a qué se refería, pero no quería ponérsela fácil.

—Pa sacarme este bebé. Una yerba o algo.

El la miró con severidad, aunque en el fondo sentía una profunda compasión. Sabía que su herida era honda y que para eso no había remedio, ni de los suyos ni de los de nadie. Solo un milagro la sacaría de la calle, del vicio, y tal vez el milagro era ese bebé.

—Dios la está bendiciendo.

La Flaca sintió que iba a empezar con el sermón y se levantó, pero él tío la agarró del brazo y la sentó a la fuerza.

—Fue una metida de pata, no exagere.

—Ese bebé es un milagro y el único que tiene derecho para interceder es el Señor.

—¿Cómo así? Si la que lo va a tener soy yo y no él.

—Es que su cuerpo tampoco es suyo.

La Flaca soltó una carcajada estridente. Lo hizo a propósito para provocarlo.

—¿Y entonces de quién? Oigan a este.

El tío miró con disimulo el vientre de la Flaca.

—Ese bebé ya tiene un cuerpo formado. Cabeza, manitos, cerebro. ¿La médica no la puso a escuchar el corazón?

—Sí, ¡qué viaje! —dijo ella, intentando quitarle dramatismo al asunto.

—La vida es sagrada flaquita. Usted no es dueña de ese bebé. Usted solo es el medio que escogió la vida para encarnarse.

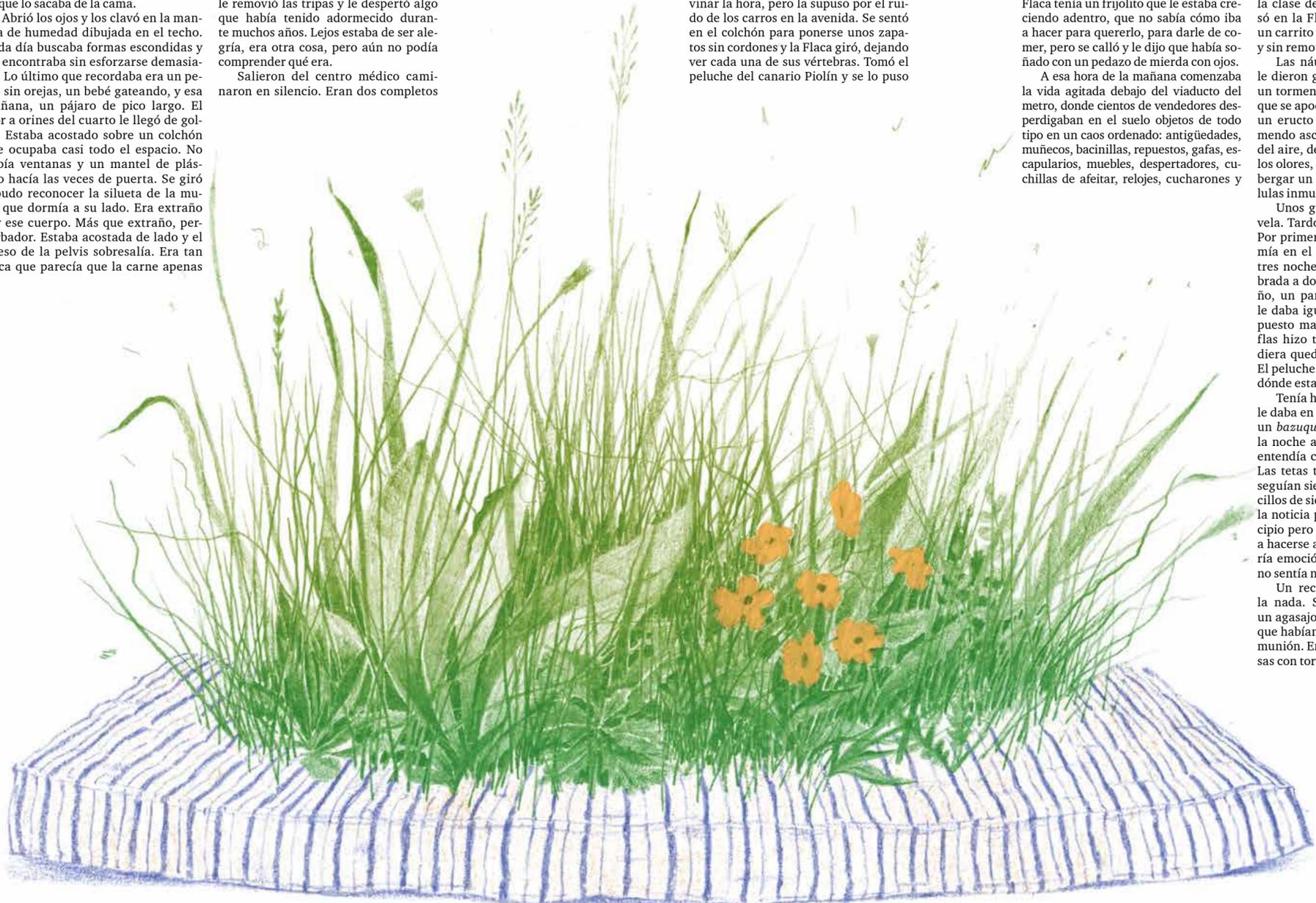
—Pues escogió muy mal.

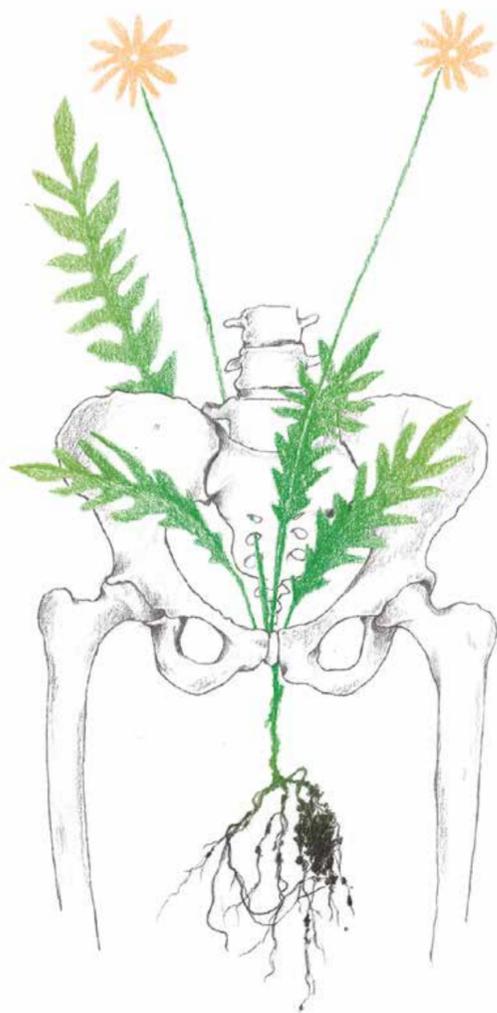
—Flaquita, póngase juiciosa, deje ese vicio, y le prometo que hablo con su mamá y entre todos le ayudamos con el bebé.

—A mí no me habló de esa vieja hijue...

El tío le lanzó otra de sus miradas y ella supo que era mejor no terminar la frase, pero se ofuscó y se fue sin despedirse. Su tío la vio desaparecer entre la multitud con su caminado de pato. A ella le gustaba más su tío cuando era brujo. Le daba buenos consejos y le enseñaba a defenderse, pero se había vuelto rezandero y ahora todo era pecado. ¿Cómo que su cuerpo no era suyo? ¿De quién más iba a ser?

A eso de las cinco, Cantinflas volvió al cuarto. Rezó para que la Flaca no estuviera y sus plegarias fueron atendidas. Encontró un vómito a la entrada y lo limpió con papel periódico. Sacó mil pesos de un zapato y se fue a la ducha. El agua fría le sentó bien y despejó la nube de sus pensamientos. Se vistió lo mejor que pudo con una camisa a cuadros y un pantalón que le quedaba ancho en la cintura. Se colgó el estetoscopio al cuello y los collares de colores. En la copa del sombrero clavó un astronauta de plástico. Se miró en un





espejito. Tenía la nariz chata, los ojos pequeños, una ceja levantada y el bigote incipiente en el extremo de los labios. Su rostro era una contradicción: la boca torcida para un lado tenía un gesto triste, de derrota, mientras que sus ojos eran alegres, llenos de vitalidad. Ahora, con el sombrero, parecía un lord. O el fantasma de uno. Con una mano agarró una volqueta de plástico, el peluche Silvestre y el león; en la otra, el cuadro de un paisaje con una vaca pastando. Estaba listo. Era el escaparate perfecto.

En la calle, el cielo estaba de un azul que parecía irreal. Se veían los contornos de los árboles, los pájaros volaban enloquecidos y una luz naranja se difuminaba en el horizonte. Caminó por Maracaibo hasta llegar a Girardot. Como cada viernes, una nube de humo flotaba encima del Parque del Periodista, envolviendo esta pequeña plaza del Centro de la ciudad que se iba llenando de oficinistas, vendedores ambulantes, poetas, jibaros, borrachos, punkeros, transexuales, vagos, policías y hasta periodistas. El sombrero se abrió paso entre la multitud y llegó cargado como un pulpo hasta la entrada del bar.

Los habituales del parque le compraron algunos cachivaches. Ya había completado para la pieza y para pagar lo que le habían fiado esa mañana. Si lograba vender bien el sombrero le alcanzaría para llevarle algo de comer a la Flaca. Se debatía entre ese sentimiento protector y las ganas de mandarlo todo a la mierda, cuando la mesera del bar se instaló a su lado para fumarse un cigarrillo. Hablaron de la gastritis, la redada y el clima. Quería soltarlo, decirlo, escupirlo, pero sabía que lo regañaría. Ella le había insistido en que se cerrara la canilla, pero él siempre tuvo miedo de los médicos y las inyecciones.

—Canti usted está muy raro hoy. ¿Qué le pasa?

—Nada.
—Si no me quiere contar no me cuente, pero no me diga que nada.

La mesera entró de nuevo al bar y siguió atendiendo. Cantinflas se quedó de pie, sintiéndose descubierto, entonces le hizo señas y ella se acercó de nuevo.

—Voy a ser papá.

Lo soltó así de golpe, como un puñetazo directo a la quijada. Se sintió aliviado y se preparó para la canteleta.

—¿Con la flaca esa? —Cantinflas asintió, un poco avergonzado.

—Te lo advertí y no me quisiste hacer caso. ¿Ahora qué van a hacer?

—Tenerlo. ¿Qué más?
—Pues abortar. ¿Cuánto tiene?
—Tres meses.

Él también lo había pensado, pero no era capaz de decirle nada a la Flaca. Le daba miedo su reacción, podría acuchillarse o prenderse fuego; pero también, y por encima de cualquier otra cosa, ese bebé le daba forma a la esperanza de que algún día recuperaría su vida. Ella vio cómo se extraviaba en sus pensamientos. Lo conocía bien pues desde hacía varios años la acompañaba hasta su casa después de cerrar. Él se sentía como su guardaespaldas y ella dejaba que lo creyera, pero lo cierto es que era ella quien cuidaba de él.

—No lo piensen mucho. Entre más rápido mejor. Yo le puedo dar algo de plata.

Cantinflas la miró directo a los ojos, como queriéndole dar un abrazo con ellos.

—Voy a hablar con ella a ver qué dice.

La Flaca siguió el olor a pan recién horneado y llegó a una panadería. Se acercó a una mesa y una pareja le regaló un pandebono. En el local había un televisor encendido y se quedó mirando un rato. Mostraban imágenes de indigentes por el puente de la Minorista, caminando con costales y en los tugurios al lado del río.

El miedo le erizó la piel. Hasta ese momento lo que había sentido era malestar, agobio, pereza, pero ahora el miedo se la tragó. ¿Qué le estaría creciendo adentro? Un monstruo podría estar chupando su sangre, respirando su aire y nadando en su agua. Sintió miedo de ver cómo su barriga crecería y se iría tensando. De notar los latidos de una cosa informe. De observar una cabeza o un codo a través de su piel. Sintió pavor por el día en que la criatura estuviera lista para salir al mundo y tuviera que enfrentarse al parto. Escuchó los gritos de su madre, el llanto de su hermano, la bestia escondida debajo de su cama. Vomitó el pandebono y se desmayó.

El bar estaba a punto de cerrar y Cantinflas esperaba paciente la salida de la mesera. Tenía frío y le dieron ganas de irse para la costa. El año anterior se había encaprichado con la idea de conocer el mar y emprendió un viaje que duró más de treinta horas montado en todos los medios de transporte imaginables. El mar lo alucinó y aunque no sabía nadar se había

lanzado corriendo y con la ropa puesta. Chapoteó, tragó agua y jugó con las olas hasta que los dedos se le arrugaron y los ojos le ardieron. El mar le quitó la mugre, esa costra de tristeza y soledad. Se sintió bautizado y con derecho a una nueva vida. Se instaló por Bocagrande y, olvidando un altercado que tuvo con unos gamines de la zona y algunos episodios de hambre, recordaba esas vacaciones como el paraíso. Al regreso, había ido donde su madre a llevarle unos areticos de carey que le había comprado de regalo, pero ella, cansada de sus baratijas, no quiso dejarlo pasar.

A un borracho le hizo gracia el sombrero y comenzó a tomarse fotos con el pintoresco personaje. Hábil y curtido por la calle, Cantinflas supo que era la estocada final de la noche y negoció el sombrero por quince mil. Sin él, parecía más pequeño, indefenso, casi desnudo. Dejó el parque y compró medio pollo con arepas y papas fritas.

Caminó con pasos cortos y rápidos y cuando estaba llegando a la pensión vio a la Flaca sentada en un banco con la cabeza agachada. Él no podía saberlo, pero ella observaba una pequeña planta que brotaba en medio de dos baldosas. Cantinflas pudo adivinar los ojos rojos, inertes y fumados. Se le sentó al lado y ella lo miró de reojo.

—Mire —dijo señalando la planta—. ¿Sí la ve?

Cantinflas afiló los ojos y vio el pequeño tallo cubierto de hojas diminutas.

—Mala hierba —dijo él, recordando que así les decía su madre a las que nacían entre los ladrillos del patio.

—¿Cómo pueden nacer en el cemento? ¿De qué se alimentan?

Él levantó los hombros. No le gustaba seguirle la corriente cuando se ponía tan filosófica.

—Es como si se empeñaran en vivir en contra de todo.

—¿Tiene hambre? Le traje pollo —dijo él, para cambiar de tema.

—Perdí al frijolito —murmuró.

Sintió un chuzón de dolor, y al mismo tiempo, un alivio. Le quitó el mechón de pelo que le tapaba el rostro. Tenía, en efecto, los ojos rojos y secos de tanto llorar. Él intentó esbozar una sonrisa, un gesto cariñoso, con esa boca como derretida para un lado. Y entonces abrió la bolsa y le pasó un muslo grasiento, su presa favorita, y él le echó diente a la pechuga. Ambos sabían que era su última noche. No les quedaba nada que decirse. ©



Liberemos sin apuro la tierra
donde ocurren milagros como el agua, la piedra y la raíz.
Cada uno de nosotros es en este momento la vida.
Que eso nos baste.
José Saramago

CONFIAR
COOPERATIVA FINANCIERA
Cooperativizando para el Bienvivir
2016-2017



UNIVERSIDAD EAFIT | Desarrollo Humano Bienestar Universitario

Talleres artísticos 2017-1

- Joyería
- Fotografía
- Pintura
- Pintura Infantil
- Baile
- Accesorios tejidos
- Ilustración análoga y científica
- Ilustración libro-album
- Apreciación cinematográfica
- Música con instrumentos no convencionales
- Modelado con plastilina
- Amigurumis

Matrículas con descuento pronto pago del 5%
Del 10 al 15 de enero

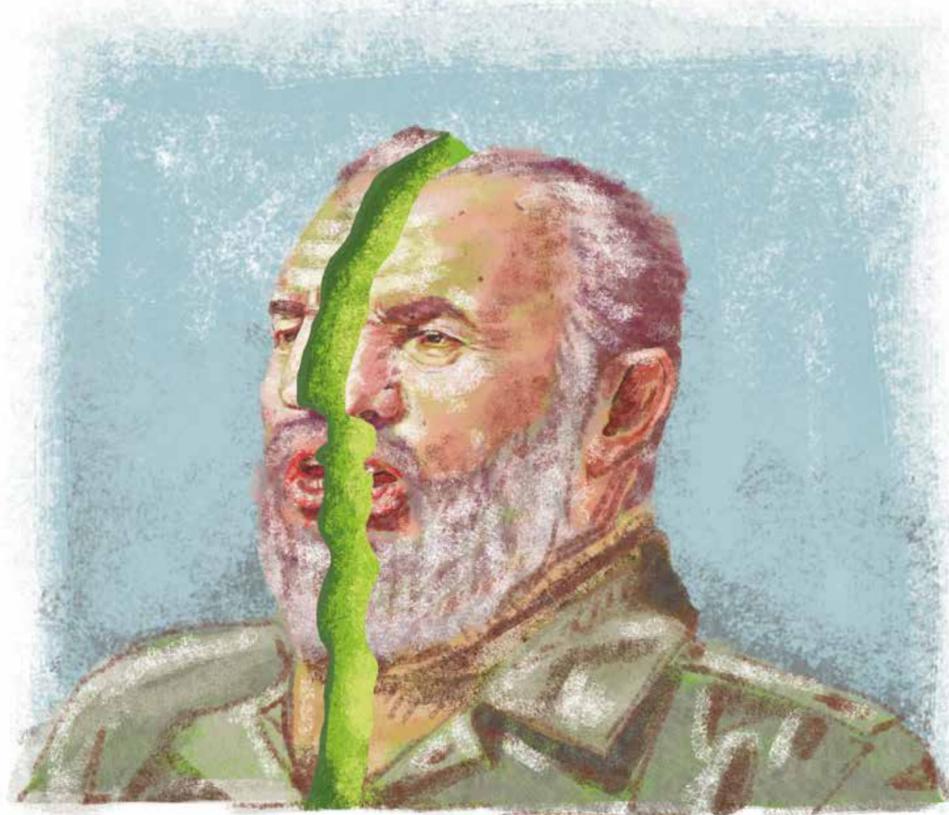
Matrícula sin pronto pago
Del 16 al 25 de enero

INFORMES
Departamento de Desarrollo Artístico
Bloque 12
Un lugar para descubrirse
Teléfono: 2619500 Ext. 9320, 9418, 9630

Consulta los programas y matricúlate en:
www.eafit.edu.co/artistico



Amanecer sin Fidel



por RAFA ESCALONA

Ilustración: Señor OK

Amanece. A las 7:00 a.m. del 26 de noviembre de 2016, El Vedado está manchado por una pátina de gris húmedo y la calma de los despertares. Apenas se ven personas por las calles; en el kilómetro que camino puedo contar con los dedos la cantidad de carros con los que me cruzo.

Un sábado temprano en la mañana absolutamente normal, pero uno siente —o cree sentir, o quiere sentir— que hay tensión y solemnidad en todo cuanto ocurre a su alrededor.

Han pasado ocho horas y media desde que sucedió. Siete desde que Raúl Castro se parara delante de las cámaras e hiciera la declaración más difícil de su vida. Esa para la que ni él ni nadie —a pesar de repetirnos que sí, que era inevitable, que era cuestión de tiempo, que más tarde o más temprano sucedería— estaba preparado.

Fidel Castro ha muerto.

Repitámoslo: Fidel Castro ha muerto.

No cambia nada; el aire sigue teniendo la misma densidad impalpable, el corazón sigue bombeando la sangre, el mar sigue batiendo el muro del maldición con la certeza de que algún día ganará el juego.

La muerte de Fidel es una partida en bemoil que fractura de manera muy desigual la historia íntima de los cubanos, y de muchos otros ciudadanos del mundo que durante los últimos sesenta años han sido impactados de una forma u otra por su influjo político e ideológico.

Sospecho que todos los cubanos recordaremos el instante en que se nos abalanzó la noticia. Supongo que a eso se refieren los libros con lo de

“acontecimiento histórico”, a la partícula de segundo que une indefectiblemente millones de conciencias bajo la sombrilla de un mismo hecho.

En la madrugada, las reacciones de quienes andaban en la calle iban desde el llanto quebrado hasta la total indiferencia. Pero el gesto más común era el andar de zombi silencioso, un estado catatónico que les impedía reaccionar de manera coherente.

Si uno aguzaba el oído podía escuchar frases como:

—Mami murió Fidel... Que se murió Fidel... ¡¡¡Cojones mami, que se murió Fidel!!!

—¿Qué tú te piensas, que Raúl no lo iba a decir enseguida? El Chino es un cheque al portador. Él no esconde la verdad para decirte la mentira.

—Ojalá esto no se ponga malo. De pinga los días que vienen.

Mientras que en la calle, a pesar de la magnitud de la noticia, las personas apenas se comunicaban —otro signo del autismo de nuestros tiempos—, Facebook, ese otro país, ardía con un hervidero de posts. Durante toda la noche, las personas fueron escribiendo, dejando una huella, por mínima que fuera, como si una oculta e imperiosa necesidad les negara la posibilidad del silencio.

Vi gente que quiero equiparando a Fidel con Hitler y Stalin. Vi gente que respeto irrespetando el dolor ajeno. Vi gente que no conozco de nada clamando a todos los bandos por un poco cordura. Vi a mi hermana, que se fue adolescente de Cuba, llamarlo “mi Comandante en Jefe”. Jamás había tenido una percepción tan clara de la compleja nación de pensamientos con la que convivo.

Hay personas capaces de construir un Fidel exclusivamente a base de fusilamientos, migraciones forzadas, represión y autoritarismo. Suerte con eso. Afortunados ellos para los que transformación social, *apartheid*, colonialismo y tercer mundo no son más que entradas —presumiblemente obsoletas— de la Wikipedia. Fidel encarnó como pocos los paradigmas emancipatorios de un país, de una época; una fuerza capaz de trastocar irremediadamente el estado de las cosas. De, en definitiva, revolucionar.

Pasará mucho tiempo antes de que podamos hacer las paces con su sombra y construir su carácter histórico en la justa medida. Unos van a dibujar al caudillo dictatorial capaz de anegar en sangre y lágrimas un país por sus ansias de poder; otros pintarán el líder irrepachable capaz de conducir a Cuba y al mundo a su destino luminoso, como maquinista de la locomotora del comunismo. Pero Fidel estaba muy lejos de ser cualquiera de esas cosas. Era, ni más ni menos, un hombre. Uno grande, pero uno al fin, con todas las riquezas y achaques de su condición humana.

No hay tal día después. Fidel Castro falleció el 25 de noviembre de 2016, pero moría desde mucho antes. Agonizaba mediáticamente con sus fotos de anciano afable visitado por el mandatario extranjero de turno, y unos comentarios olvidables publicados acriticamente por la acritica prensa estatal. Moría mientras lo convertían en una reliquia buena para citar, un generador de exergos vacíos. Queriéndolo o no, fueron vaciando al mito y solo dejaron un señor mayor de barba larga y dedos infinitos.

No le temo a un país sin Fidel. Le temo a un país huérfano de las ideas de Fidel. ©

por DAVID BETANCOURT

Ilustración: Cachorro

Le dije que ya no había caso ni tiempo, que no valía la pena tanto esfuerzo y sacrificio a estas alturas de la vida, que en un mes era muy difícil, casi imposible, imposible, hacer lo que no había hecho en un año de estudio, que esta era una causa perdida. Eso sí, le pedí excusas por perder, por tercera vez consecutiva, quinto de bachillerato, y me encerré en la pieza a fingir que lloraba. Mamá subió y tocó y tocó hasta que le abrí, y me repitió que la suya era una gran idea, que pusiera de mi parte, que entre todos, entre todos me ayudarían a pasar el año, a ganar los exámenes de las doce materias que debía habilitar. A la fuerza, accedí.

El abuelo, muy atento, pasaba cada cinco minutos por la mesa de estudio a dejar el tinto, las aromáticas y el agua, además sus ánimos cantando “Sí se puede, mijita, sí se puede, sí se puede, sí se puede...”. Paloma me daba clases de *El lazarillo de Tormes*, *La Odisea*, *La Iliada*, *Don Quijote de la Mancha* y *Cien años de soledad*, me decía de qué trataba cada uno, sus autores, los personajes, la fecha de publicación, además me hablaba de las palabras agudas, graves, esdrújulas, sobresdrújulas, del hiato, del diptongo y de puro blablablá que yo memorizaba. La abuela se aparecía con el almuerzo, el algo, la comida y apuraba al abuelo para que no se durmiera con el tinto. Mamá repasó el *Álgebra* de Baldor y me llenó de números y letras la cabeza. Lucas me enseñó física. La tía Yiyi, sociales, geografía y medioambiente. El cura del barrio, por pura caridad, me dio clases de *La Biblia*, civismo, ética y valores. El tío Javier, olvidando su Alzheimer, me recordó lo que era el aparato de Golgi, la mitocondria, los ribosomas. La vecina, entendiendo que lo mío no era la química, que mi cerebro no la asimilaba, con letra chiquita y legible elaboró un “pastel” que respondería por mí el examen. Un profesor particular me explicó el verbo *to be* a la *perfection*. No perdí misa, porque no iba; ni las otras restantes, porque los profesores no iban. Casi pierdo descanso, por negarme a desayunar. Entre todos. Así pasó un mes.

quitaba los ojos de encima. Me acompañaba al baño. Cuando iba ella, dejaba las gafas en el pupitre mirándome. El último día, cuando terminé la prueba de química, casi de noche, me fui sin despedirme de ella, feliz porque no me había sorprendido haciendo trampa.

Llegué a la casa, que echaba humo y olía a misa. No comí, estaba fundida, no le dije nada a nadie. Era viernes y el lunes iría por los resultados. Antes de dormir intenté recordar las preguntas y las respuestas dadas en los días más traumáticos de mi existencia. Mi cabeza estaba delirando y me decía que, en las pruebas, sumé letras, multipliqué los ribosomas con la mitocondria, tildé números, dividí fronteras, metí el Cirio Pascual en el conjunto del retículo endoplasmático, respondí que Aquiles era agudo, el medioambiente grave, la democracia grave, el Nuevo Testamento agudo, que Boccaccio había escrito el Agamenón, calculé el área del Triángulo de las Bermudas, contesté Santa Inquisición en vez de Santísima Trinidad, que Adán, Eva y la manzana del pecado eran una hipérbole, el *big bang* un fenómeno literario que surgió entre 1960 y 1970 en Latinoamérica, *yes a todas, tranquility, tranquility...* Desperté confundida, angustiada, era mucha información.

El lunes me organicé a la carreta y fui por los resultados. En la casa, mamá y la abuela se quedaron rezando. El colegio estaba cerrado. Ni un fantasma desaplicado había por el sector. La bruja hipócrita de la directora de grupo me esperaba en la puerta y al verme se me abalanzó. “Feliz Navidad y feliz año”, dijo, y me entregó un sobre de manila, luego le puso la mano a un bus, se montó y desde la ventanilla me gritó: “Felicidades, mamita, y disfrute las poquitas vacaciones que le quedan. Adiós”. Me senté en un murito al frente del colegio, abrí el sobre que contenía los exámenes, que miré por encima, y una carta firmada por la directora, que resumía el contenido de todos esos papeles y hablaba de mi suerte. Busqué un teléfono público, con paciencia, haciendo tiempo para que en la casa se alcanzaran a comer las uñas. Contestó mamá y le pregunté, por molestar, qué se sentía tener la mejor hija del mundo. “No sé, mijita, no sé, toca preguntarle a su abuela”, respondió. Luego le pedí que los reuniera a todos, a todos los que me habían colaborado que yo

llegaría en treinta minutos más o menos con la noticia. Aunque no le conté nada, a mamá se le sentía la felicidad en la voz, y el orgullo. Me divertí leyendo mis respuestas y las observaciones de los profesores en cada examen. Me paré del murito y antes de montarme al taxi insulté al colegio: “*Fuck off!*”, le dije, como me enseñó el profesor particular, y luego en español, como sabía: “¡Andate a la mierda!”.

En la sala estaban todos, todos. Para mi sorpresa había pizza, natilla, buñuelos, hojuelas, malteadas... “Silencio, por favor, silencio”, les pedí. Después le di las gracias al abuelo por su valiosa ayuda, por mantenerme despierta. Todos aplaudieron. “¿Hago tintico para todos?”, preguntó emocionado y levantó las manos como un ídolo. Les agradecí a la abuela, a mamá, a Paloma, a Lucas, al cura, a los tíos, a la vecina, al profesor de inglés. Más aplausos. Muchos aplausos, abrazos y sonrisas. “¡La unión hace la fuerza!”, gritó mamá. “¡Entre todos!”, gritó la vecina. Más y más aplausos. “Gracias”, les dije mil veces gracias. “gracias, gracias a cada uno por su granito de arena, gracias a todos”, y, para no alargarme más, les di la noticia: “¡Perdimos el año!”.



El hombre detrás de El Paquete

por MARIO LUIS REYES

Danys Cabrera no es el típico empresario de aspecto impecable, cutis perfectamente rasurado y gafas de reluciente armadura; tampoco encaja en el perfil del negociante tropical con cadenas de oro y rostro desafiante. Danys es un joven delgado, intranquilo, con una barba incipiente y una tez risueña propia de un adolescente y no de sus 27 años. Así luce quien, según dice, ocupa el lugar más alto en la jerarquía de El Paquete. Es decir, la matriz, el jefe.

En El Vedado, a unas pocas cuadras del Hotel Cohiba, creció este muchacho quien tuvo una infancia como la de cualquier otro niño cubano. En 2007 Danys comenzó a estudiar Ingeniería Eléctrica en la Universidad Tecnológica de La Habana José Antonio Echeverría, Cujae. Siempre fue bueno en matemáticas y le llamó la atención la informática. Dos años después abandonó la carrera por problemas familiares. Necesitaba comenzar a ganar dinero y consiguió un puesto en el banco como cajero, empleo que le dio la oportunidad de cursar el técnico medio de Contabilidad y Finanzas para trabajadores. El trabajo en el banco y el curso lo prepararon en el manejo de las finanzas. No sabía, por esas fechas, de la existencia de algo llamado El Paquete.

Aburrido del trabajo de cajero pasó a algo más apasionante: administrador de redes en la Cujae. Mientras ejercía su empleo decidió presentarse de nuevo a las pruebas de ingreso para la universidad, pero esta vez a una carrera menos fuerte, que no le impidiera seguir trabajando: Ingeniería Industrial. Actualmente cursa el cuarto año.

Fue en esta coyuntura cuando, de manera fortuita, tuvo el primer encuentro directo con El Paquete. Su suegro conocía a YoePC, el paquetero más importante de La Habana por aquellos años, y este le ofreció trabajo. Aunque con menos tiempo libre, a las órdenes de Yoe ganaría mucho más dinero que administrando redes. Danys aceptó.

Era 2014, y Danys descubrió, de repente, el negocio de la información. Ni siquiera había consumido antes El Paquete, ya que con su puesto en la universidad tenía suficiente acceso a internet para satisfacer sus necesidades de información. Precisamente aquel puesto en la Cujae le permitió acumular conocimientos acerca de la red de redes que luego resultaron vitales para su actual negocio.

En el trabajo con YoePC Danys aprendió rápidamente lo necesario para convertirse en la mano derecha de su jefe: “Yo era quien armaba El Paquete, los clientes contactaban conmigo, los proveedores me entregaban la información a mí”, dice. “Yoe me fue dando cada vez más responsabilidad. Finalmente, yo lo hacía todo. Le estoy muy agradecido porque esos conocimientos los estoy aplicando ahora. Él funcionaba como un gerente. Era quien tenía el dinero para invertir y la infraestructura tecnológica; también contaba con una amplia red de empleados y



proveedores. Su función era revisar el producto terminado; si faltaba algo, salía a buscarlo”.

El 24 de diciembre de 2014, exactamente una semana después de que Obama y Raúl sorprendieran a todos anunciando el restablecimiento de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, Danys recibiría una noticia más impactante aún. YoePC se retiraba del negocio. Horas antes de la nochebuena, Danys quedaba desempleado.

“Se retiró por problemas personales y otras cosas que no puedo mencionar. Para mí fue un golpe muy fuerte, me quedé sin trabajo de repente; yo estaba estudiando. Mi suegro me apoyó mucho en ese momento. Me incitó a tomar las riendas de El Paquete”.

Danys tenía todos los contactos de su exjefe: proveedores de material audiovisual, distribuidores, mensajeros. También conocía a los clientes más importantes. No poseía el dinero para lanzarse, pero entre varios amigos le prestaron lo que necesitaba. El 8 de enero de 2015, tras dos semanas sin El Paquete en

Cuba, Danys llamó a todos los clientes: el lunes 12 debían presentarse en su casa a buscar su paquete. Danys, en ese momento, solo contaba con un portátil.

El Paquete Semanal, como se conoce popularmente este producto en Cuba, es un compendio de audiovisuales, música, revistas, juegos y aplicaciones, entre otros productos multimedia, que se distribuye a través de discos duros y tiene clientes en cada ciudad y cada calle del país. Además, en los últimos años se ha convertido en obsesión de investigadores, periodistas y académicos.

Este negocio surgió en Cuba a finales de la década pasada, pero no de la forma en que lo conocemos actualmente. Por aquella época El Paquete solo tenía entre 50 y 100 GB. Sus principales compradores eran los vendedores de discos, también los dueños de bancos de películas. El Paquete se confeccionaba en el formato de combos, casi en desuso en la actualidad. Esto traía como consecuencia que las series en transmisión no se actualizaran en tiempo real, sino cuando acababa la temporada, momento en que se confeccionaba un DVD con la serie en cuestión.

—Pero es DeltaVisión la única matriz?
—Existen otras matrices, personas que se han hecho de muchos clientes y se han declarado como matriz, pero la información real es de nosotros. Hay quienes con cien clientes se consideran matriz, me pagan buen dinero para estar a mi nivel, y por mí no hay problema, pero si les cierro la llave, se mueren. Mucha gente depende de nosotros, arman lo suyo a partir del nuestro. Tenemos muchas sucursales, y les conviene decir que el paquete que tienen es el de Danys. Yo prefiero trabajar con menos clientes que me paguen bien que con muchos que me paguen menos. Es menos trabajo, menos llamadas, menos molestias...

Diariamente, a las 2:00 a.m., todo el contenido tiene que estar en casa de Danys, que es el centro de operaciones, para copiarlo a los discos duros. A las 4:00 a.m., cuando sale la primera guagua para provincia, El Paquete debe estar listo y rumbo a sus consumidores. El equipo de DeltaVision no es muy grande, y no hay profesionalización ninguna entre sus miembros. Todos han aprendido a realizar sus funciones sobre la marcha. El *team* lo componen Danys, quien arma El Paquete y descarga series, novelas, películas; otra persona que se dedica a capturar los shows, animados y documentales; otro que filtra; y alguien más que edita los segmentos que no deben salir. Además de este núcleo, están los mensajeros y los distribuidores.

—¿Cómo consiguen los contenidos?
—Todo se baja de internet; no usamos la conexión wifi porque es muy lenta, necesitamos más velocidad. Vamos a lugares que no te puedo decir, en los que es más rápida la conexión. De no ser así, no se podría trabajar a diario. Algunos contenidos cubanos muy nuevos, como la música y videooclipos, que no están en internet, nos los traen proveedores: Elio, el Transportador, es uno de ellos. A veces los propios artistas van a la casa a llevarnos la información. Algunos shows latinoamericanos, o algunos animados, sí tenemos que descargarlos del satélite, porque no están en internet.

En lo que lleva de carrera, Danys ha tenido que pedir dos licencias estudiantiles por el tiempo que invierte en su negocio. Normalmente pasa casi todo el día trabajando, y no puede dormir hasta que El Paquete está armado y listo para salir hacia sus destinos. Las pocas horas libres que tiene las dedica a su novia, con quien vive en un apartamento en Centro Habana. Él mismo casi no puede consumir su producto, salvo alguna película puntual o su serie favorita: *Game of thrones*.

—¿Qué importancia le confieres a El Paquete en Cuba?
—Nosotros trabajamos sin pensar que somos una gran empresa, pero

que son eróticas, pero eso no tiene que ver porque al final es cultura, se puede deslizar; es como las de homosexualismo, que ya es una cosa normal. Eso sí, nada de pornografía, porque la pornografía no tiene nada que ver con el erotismo, son cosas diferentes. Para lo que tenemos más filtro es para los shows, para los canales norteamericanos que sí tiran mucho para acá, que empiezan a hablar mal de Cuba, de Fidel, de Raúl. Nosotros esos programas los ponemos, porque el cubano los consume, pero si empiezan a hablar algo mal lo cortamos, y si está muy fuerte, no ponemos el programa. Esa es la explicación para las personas: no se puso el programa del día porque hubo temas políticos que no se deben poner. El cubano siempre quiere enterarse de eso, pero nosotros no nos podemos meter; si quieren verlo, que sea por otro medio.

Diariamente, a las 2:00 a.m., todo el contenido tiene que estar en casa de Danys, que es el centro de operaciones, para copiarlo a los discos duros. A las 4:00 a.m., cuando sale la primera guagua para provincia, El Paquete debe estar listo y rumbo a sus consumidores.

El equipo de DeltaVision no es muy grande, y no hay profesionalización ninguna entre sus miembros. Todos han aprendido a realizar sus funciones sobre la marcha. El *team* lo componen Danys, quien arma El Paquete y descarga series, novelas, películas; otra persona que se dedica a capturar los shows, animados y documentales; otro que filtra; y alguien más que edita los segmentos que no deben salir. Además de este núcleo, están los mensajeros y los distribuidores.

—¿Cómo consiguen los contenidos?
—Todo se baja de internet; no usamos la conexión wifi porque es muy lenta, necesitamos más velocidad. Vamos a lugares que no te puedo decir, en los que es más rápida la conexión. De no ser así, no se podría trabajar a diario. Algunos contenidos cubanos muy nuevos, como la música y videooclipos, que no están en internet, nos los traen proveedores: Elio, el Transportador, es uno de ellos. A veces los propios artistas van a la casa a llevarnos la información. Algunos shows latinoamericanos, o algunos animados, sí tenemos que descargarlos del satélite, porque no están en internet.

En lo que lleva de carrera, Danys ha tenido que pedir dos licencias estudiantiles por el tiempo que invierte en su negocio. Normalmente pasa casi todo el día trabajando, y no puede dormir hasta que El Paquete está armado y listo para salir hacia sus destinos. Las pocas

horas libres que tiene las dedica a su novia, con quien vive en un apartamento en Centro Habana. Él mismo casi no puede consumir su producto, salvo alguna película puntual o su serie favorita: *Game of thrones*.

Danys no ha comprendido, en cierto modo, la trascendencia de su negocio, la influencia que tiene en la sociedad. Él sabe que es próspero, que es popular, pero no se percata —por más que hayan ocurrido tantos debates en torno a ello, por más que diversas figuras públicas expresen su preocupación sobre el asunto en la televisión, por más que varios estudiantes universitarios lo seleccionen para sus tesis investigativas— de la diferencia que hay entre El Paquete y otros tipos de empresas: peluquerías, restaurantes, gimnasios o tiendas. A veces da la impresión de que Danys cree que su trabajo no tiene otras implicaciones.

Para Danys, el criterio de selección de los contenidos es muy simple: “Nosotros ponemos todo lo que está en transmisión. Lo que no ponemos es porque no está a nuestro alcance”. Además, mediante la dirección de correo audiovisualfullhd@gmail.com, los consumidores pueden enviar sus inquietudes y necesidades. En DeltaVisión se conforman con ese sistema. Nunca han intentado ir más allá, nunca han intentado estudios de audiencia ni nada por el estilo.

Precisamente la selección de los contenidos que aparecen en El Paquete es una de las preocupaciones compartida por sectores gubernamentales e intelectuales del país. Sin pretenderlo, o peor, sin ser consciente de ello, DeltaVision puede tener un peso similar al del Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT) en el consumo cultural del pueblo cubano. Sin embargo, el criterio de selección de sus contenidos sigue siendo una incógnita para la mayoría de los cubanos.

—¿Qué responsabilidad supone ser el jefe de El Paquete?
—Es una responsabilidad bastante grande. Nuestro trabajo tiene que ser cada vez mejor. Tenemos mucha exigencia. Una vez que le enseñan a la población una cosa, no se la puedes quitar. Muchos conocen el calendario de las series, y cuando no aparece alguna, piden explicaciones. Nosotros les informamos a los clientes cuando no sale un contenido, si no sabes el por qué tienes que inventar algo lógico.

—¿Qué importancia le confieres a El Paquete en Cuba?
—Nosotros trabajamos sin pensar que somos una gran empresa, pero

El Paquete ha revolucionado la información en este país. Todo lo que estaba oculto o tapiado El Paquete lo ha sacado a la luz, y como son cosas reales, es bueno. Ha influido mucho en la información y en el entretenimiento. Yo considero que más del noventa por ciento de la población cubana consume El Paquete. Es un canal de televisión, es el internet de Cuba. Cada cual decide qué ver y cuándo verlo, por eso ha revolucionado la información, sobre todo respecto a los audiovisuales, porque las videotecas que existían aquí eran muy pobres.

—¿Tienes miedo de que lo puedan prohibir?

—No, nosotros no nos metemos con ellos y ellos no se meten con nosotros. Mientras no les pongamos el dedo a ellos, no hay problema. Trabajamos con licencia de vendedor de discos, porque estas pueden ser para los productores también. Por lo menos a mí nunca me han dado un toque de atención, nunca me han dicho nada. Tampoco ha venido a vernos un inspector, ni el DTI. Además, ellos saben dónde radicamos. Nos gustaría legalizarnos, pero es imposible pues, ¿quién le hace competencia al ICRT? Tendríamos nuestro propio canal: Canal Habana, Cubavisión y DeltaVisión. Comenzaría a producir diferente, a pensar diferente, a ampliar las posibilidades del paquete. En los medios de prensa nacionales, universidades, centros investigativos, entre otros espacios, se debate constan-

temente sobre el éxito de El Paquete. Su diversidad de contenidos, unido a la baja calidad, en general, de la programación de la televisión cubana, así como el difícil acceso a internet por parte de la población, son algunas de las razones por las que se le atribuye tanta popularidad.

Para algunas producciones cubanas, El Paquete es una de sus principales vías de distribución. Por ejemplo, Danys considera que el éxito que ha alcanzado en la juventud la revista de farándula *Vistar Magazine* se lo debe en parte a El Paquete. Muchos músicos acuden a este mecanismo para posicionar su obra en la población, ya sea mediante las canciones o videoclips. También realizadores cinematográficos, a la espera de un mejor canal de difusión, colocan sus obras allí.

De un tiempo acá han salido a la luz algunas figuras de El Paquete. El más popular quizá ha sido Elio el Transportador, quien se ha convertido en la cara oficial de este producto en Cuba. Tras un tiempo con bajo perfil, Danys también ha decidido aparecer públicamente. Está molesto porque otros le "están robando el crédito", y desea que su trabajo deje de ser visto como algo *underground*, ilegal. En la entrevista que le realizó *Vox* el año pasado, hacían ver El Paquete como una mafia. Eso le incomoda, y quiere cambiar esa imagen.

—¿Perspectivas futuras?

—Al final El Paquete es una página web

offline. A nosotros nos comparan con Netflix, con Amazon, con Hulu, porque ellos son un paquete. Queremos hacer nuestras propias producciones, ahora no podemos porque no tenemos el dinero, pero nos estamos aliando con otras productoras. Por ejemplo, hace poco me entrevistaron de un canal francés que se llama France 24. Ellos quieren realizar una serie de programas sobre los franceses que viven a lo largo de la isla, y les pareció que El Paquete podía ser una buena vía para distribuirlo por Cuba. Si se materializa, esa podría ser nuestra primera producción. Tener nuestras propias producciones y seguir ampliándonos son importantes perspectivas.

Con la expectativa de crecer cada vez más como marca, Danys sigue trabajando en su casa de Centro Habana, donde junto a un puñado de colaboradores tiene a un país entero consumiendo casi todo lo que se pueda copiar en una memoria.

Este peculiar negocio, además, se ha convertido en una fuente de ingresos para miles de personas en todos los rincones del país.

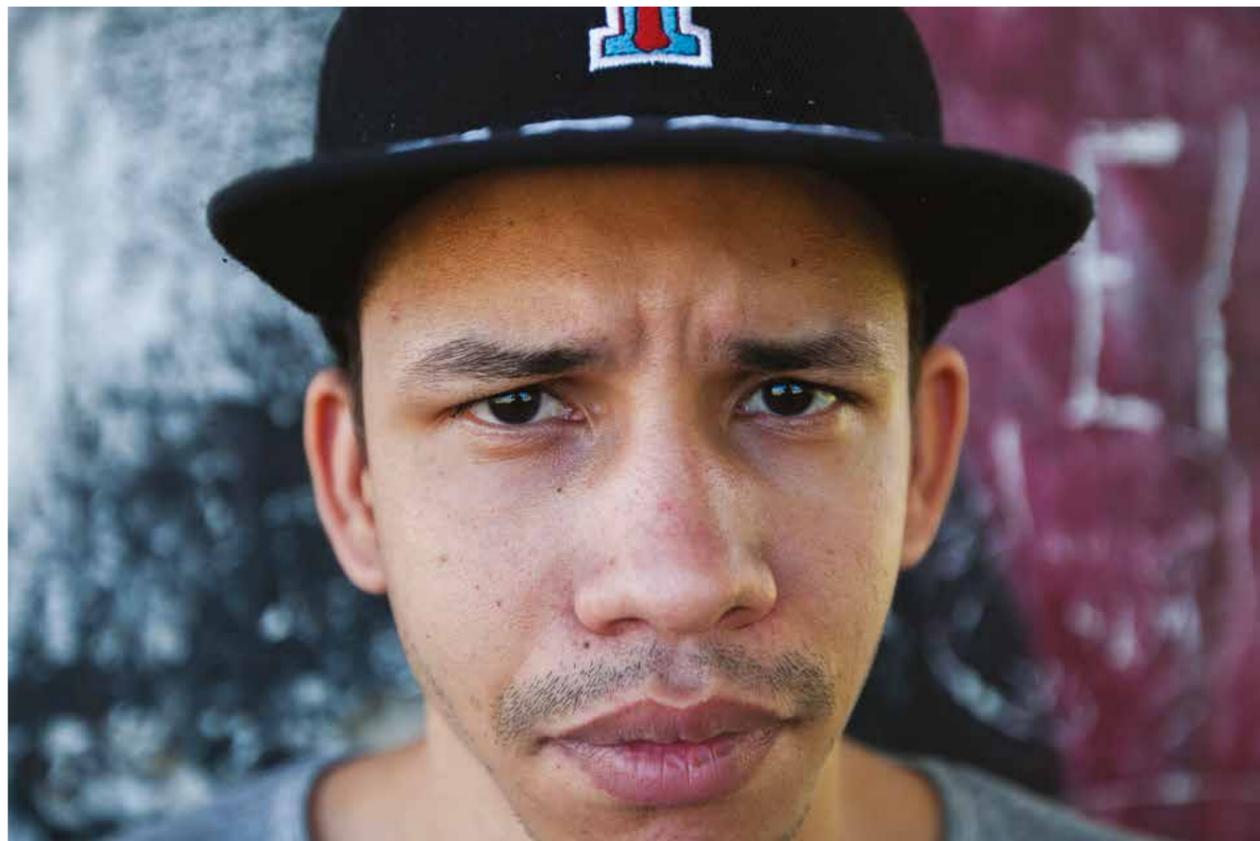
Leyes contra la piratería o un amplio acceso a internet podrían barrer de un plumazo El Paquete, pero Danys se muestra incrédulo ante estas amenazas, convencido de que, si esto ocurriera, encontrará la forma de mantener con vida su negocio. ©



En Navidad, Medellín es una gran familia

Disfruta en esta Navidad el recorrido del alumbrado de Medellín, visitando la Avenida La Playa, el Cerro Nutibara, Carabobo Norte y el Parque Norte

www.alumbradosepm.com



Fotografía Fernando Medina / Cachivache Media

Las burbujas doradas que llegan al firmamento nos recuerdan que ha sido un largo camino. Quizás siglos para llegar a la cima.



EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD

3 COPOLLENS

Ellas también ponen huevo

por CAROLINA CALLE

Fotografías: Juan Fernando Ospina

La vida en blanco y verde

ASara Zuluaga le gustaría que su cuerpo sin vida fuera enterrado dos metros bajo el césped del estadio. Esta hincha de veintiséis años empezó a pensar cosas raras a partir de la Copa Libertadores del 2016 cuando sintió tan cerca la muerte.

Durante el partido del Atlético Nacional contra Rosario Central, un aguijón en el pecho la dejó quieta. El partido empezó mal, primero un penalti en contra, luego un tanto del visitante y el deber de marcar tres goles para clasificar.

Sara resultó hipertensa desde los veinte. Toma pastillas para pasar la vida sin taquicardia pero la cosa se complica cuando el verdolaga entra a unos cuartos de final. Ahí no hay dosis que valga.

“Te tenés que calmar”, se dijo a sí misma para espantarse el infarto que venía en camino esa noche de mayo. No quería salir del Atanasio en camilla como esa vez contra el Huila, cuando celebrando un gol junto a la baranda, se descompuso la rodilla.

Todo hay que decirlo, Sara es torpe y carece de motricidad fina, tiene experticia en eso de tumbar y dejar caer cualquier cosa “sin culpa”. Es un peligro desempacando el mercado o quebrando un huevo.

En su combo de amigos, Sara es famosa no solo por su torpeza sino por la mala suerte que atrae. Cuando tiene un mal presentimiento hay que taponarle la boca para que no sentencie una derrota. Tiene el récord imbatible de chocar el carro dos veces en un mismo día y de quebrarse las dos manos en una sola caída. Sara es sinónimo de ruina, de accidente, de sal. Por eso, por salada y por cariño, en vez de Sara le dicen Sala.

De su mala estrella no se sabe la causa. De la pasión por el Rey de Copas cuentan sus ancestros que el germen lo puso el tío abuelo, quien iba por la hermanita menor a la escuela y la sacaba de clase para llevarla a una revisión de muelas.

Era en el estadio donde los hermanos Rivera echaban lengua y quedaban con la boca abierta. Piedad y Samuel regresaban sin aliento pero contentos por la buena racha del equipo de aquel 54 que dio la vuelta por primera vez.

Esa niña fugitiva es doña Piedad, la abuela de Sara que instauró el matriarcado verdolaga. Tiene un equipo de once hijos encargados de propagar el delirio; trece nietos salieron portadores y pronto vendrá la primera bisnieta que ya está en la mira de ese batallón verde.

Sara es la capitana, una morena de piel tersa, pómulos firmes, mirada de búho y lunares en el cuello. Decía que cuando fuera grande quería ser como Higuaita, su superhéroe sin capa y con guantes, de pelo crespo y bigote negro, que volaba en el arco.

Dice que cuando sea vieja no dejará la música ni el fútbol. Por eso asiste a la universidad y a la tribuna. Su voz es dulce en el salón de clase pero en Oriental es la de un león sin bozal. Es de pocas palabras en la calle y de sonidos extraños en el estadio. Nadie silba como Sara sabe silbar. Sara sopla con los dedos en los labios y es capaz de hacerle un huracán al adversario, un estallido al árbitro o una pesadilla al de adelante. Ha aturrido a muchos no solo con silbidos sino también con trinos.

Después de cada contienda, dispara frases desde su guarida en Twitter: contradice a Carlos Antonio Vélez, aplaude a Franco Armani y aconseja a Miguel Ángel Borja. Ha sido analista en la era de Osorio y en la de Rueda; crítica de Rescaldani y de Bonilla; defensora de Alexis Henríquez y de Stefan Medina.

Ya perdió la cuenta de cuántos hombres la han silenciado. Hay tipos que prefieren bloquear antes que debatir de

fútbol con una mujer. Un hincha verdolaga la mandó “a lavar platos” y otro del Poderoso le recomendó “planchar camisas y pantalones” en vez de meterse en asuntos de varones.

Ante ese machismo virtual, Sara no sucumbe. Ha escrito cerca de diez mil trinos porque lo que sea con el verde le incumbe. Por eso es la cabecilla de una barra sin nombre, la que en partidos claves “madruga” a cuidar quince puestos para su plantilla, la que canta, la que salta, la que inclusive lo transporta.

Cada vez que hay cotejo, Sara enciende su carro vino tinto, modelo 94, desde el sur de la ciudad con dirección estadio. El “circular Sara” pasa por Luisa, la única amiga mujer que no le responde con un bostezo cuando habla de la propuesta táctica y de los pronósticos de la tabla. Hace otra parada en la casa de los abuelos. Allí recoge a la tía Beatriz y a los primos y amigos que reservaron un cupo en su pichirilo. Cierran piernas, agachan cabezas y se encogen de hombros, así encuentran la manera épica de llegar juntos hasta a la meta.

Ese jueves 19 de mayo frente a Rosario Central, Sara tomó asiento para llorar. El tiempo se escurrió y el gol que les faltaba para pasar a la semifinal no entraba. Bajó el asta de su bandera y se enrolló el rostro en la tela. No quería que nadie viera su rendición de lágrimas y recordó las veces que de niña terminaba haciéndole el duelo a una derrota debajo de la cama.

“¿Te embobaste o qué?, el partido no ha terminado”, se regañó de nuevo y empezó a conjugar su deseo en primera persona del plural: “Vamos hijueputa que esto lo remontamos”. Sara hizo un llamado a la contención de llanto, a la estabilidad de sus piernas, al sosiego de sus pálpitos y de repente una pelota descendió del cielo.

“Vi un centro, un jugador que la bajó en el área y una explosión, un terremoto, una estampida, todo el mundo se vino encima”. Sara abrazó a la tía y gritó por tercera vez consecutiva esa palabra de tres letras que contrarresta su sal: gol.

Macnelly había hecho lo difícil, Guerra lo inaudito, Berrío lo imposible y el prodigio se hizo en equipo. Desde esa victoria, Sara presintió que el Atlético Nacional le daría la vuelta al mundo y sería el representante del continente en el Mundial de Clubes de Japón.

El circular Sara sigue pasando de norte a sur, dejando amigos y familiares en el camino, todos pasajeros de un mismo sentimiento que va y viene cada domingo, cada miércoles, cada fecha.

Sara sigue mirando la vida en blanco y verde como cuando era niña. Gracias al fútbol, siente que aunque está de paso por el mundo está viviendo de local: es parte de una hinchada y de un estadio que siempre le ha dado su lugar. Por el verde recuerda su arraigo, su raíz; que pertenece a una familia, a un país; que nada está escrito y que su mala suerte, al igual que un marcador en contra, también se remonta.

El toque toque de la pecosa

La flaca corrió por un costado del estadio, se equivocó a los que tenía en contra y cuando por fin estaba cerca de la meta, aprovechó un espacio y lanzó un disparo con la zurda. Para ella fue gol, golazo, tenía tan solo dieciocho años cuando aprovechó ese tumulto a la salida de un partido y con su mano izquierda le zampó un pellizco a la nalga de Choronta.

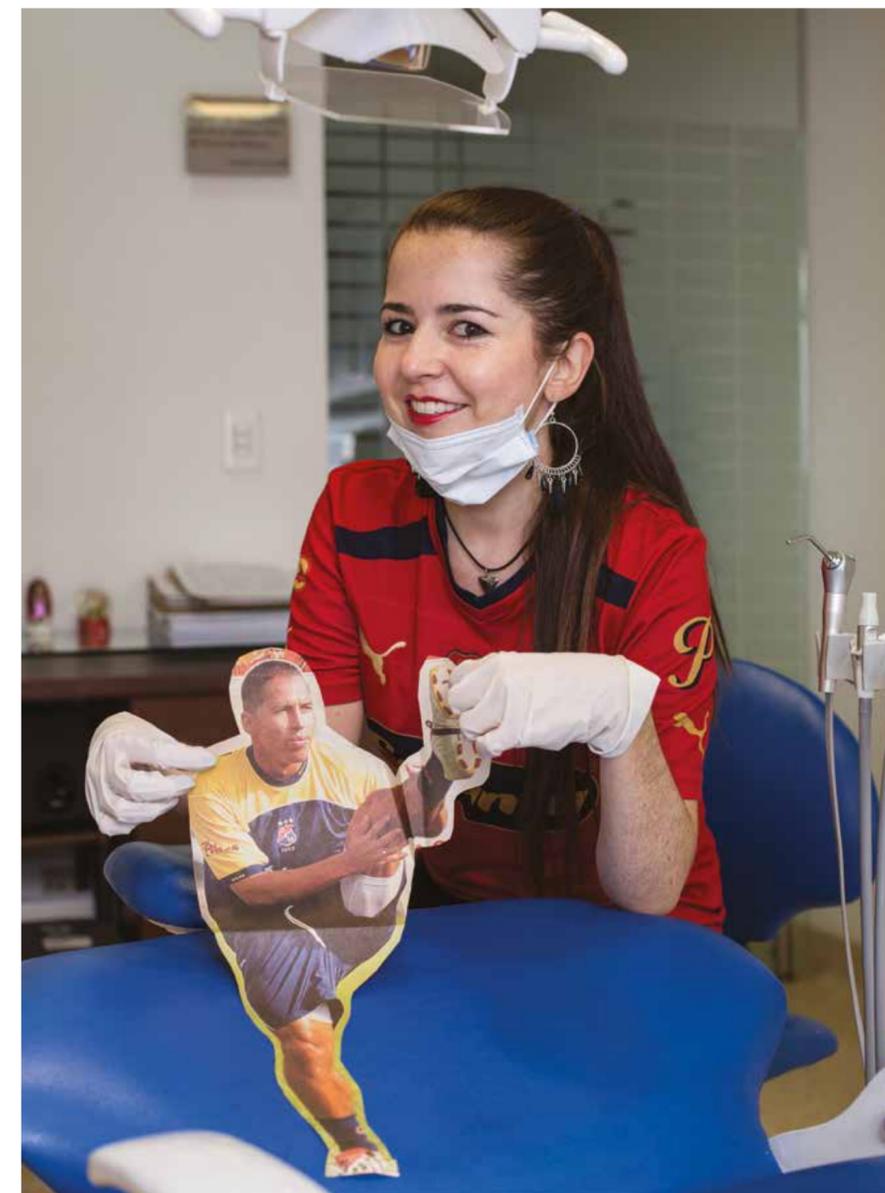
El jugador del Deportivo Independiente Medellín no pudo atajarlo y reaccionó a la defensiva, miró molesto para todos lados buscando entre la gente quién había hecho ese tanto en su trasero. Estaba rodeado de policías, periodistas y de una adolescente risueña y solapada que le volteó la cara.

El centrocampista escogió una posición estratégica cuando ingresó al bus, inspeccionó el área desde la ventana y se encontró con la picardía de esa pecosa que venía siguiéndole los pasos y persiguiéndole los glúteos desde un año atrás. John Javier Restrepo le rebotó una sonrisa a esa colegiala tímida a la que le temblaban hasta las pecas cuando lo tenía cerca.

Doce meses antes, Juliana Puerta no sabía nada de fútbol. Estudiaba en un colegio de monjas, vivía en un conjunto cerrado y nunca había pisado el Atanasio. No sabía por qué el árbitro alaba tarjetas de colores, no entendía la diferencia entre un tiro libre y uno de esquina y desconocía el uso del punto penal. En televisión solo veía a un montón de tipos tirando escupas y echándose bendiciones.

Su perspectiva cambió cuando acompañó a un par de amigas a conocer los campeones de la Copa América en 2001. Los jugadores de la Selección Colombia estaban hospedados en el hotel cinco estrellas del barrio. El plan era farandulear, pedirle el autógrafo a Juan Pablo Ángel, darle un besito a Oscar Córdoba, entre otras técnicas aplicadas de asedio.

Juliana, en cambio, le echó el ojo a un jugador solitario que le peló el diente. Tenía los párpados caídos y los pómulos brotados, no era tan alto ni tan



caujo y ninguna le pedía la firma ni se le sabía el nombre. Pero Juliana no recuerda haber visto una dentadura semejante, era una sonrisa tan poderosa que por inercia le pidió una foto.

Ese triguño aceptó de inmediato y se acercó. “Pero agárreme como si fuera su novio”, le dijo y la apretó con el brazo. Juliana quedó sin aire, sin saliva, sin entender esa sensación que la tenía con un mareo en la cabeza y con un sismo en el pecho. Lo único que atinó a decir después del relámpago del flash y de ese estruendoso abrazo fue:

—¿Cómo se llama?
—Le dicen Choronta —contestó alguien.

—¿Dónde juega? —insistió.
—En el Medellín.

Juliana alzó las cejas, le abrió el paso a un suspiro y remató con precisión:

—Entonces soy hincha del Medellín.
Y a partir de esa fecha Juliana y el equipo rojo se dieron la mano.

No le importó que en casi noventa años de historia, el Deportivo Independiente Medellín apenas hubiera logrado dos títulos. Se puso la camiseta y llegó al estadio con el ánimo de perder el norte. Allí en la tribuna de la Rexitenxia, a esa niña de “dedo parado” se le cayeron los modales y conoció el “aguante”: empezó a gritarle al rojo que pusiera más huevo y a Choronta que estaba muy bueno.

Los lunes llegaba al colegio sin voz, con la garganta molida de tanto alarido y con el cuerpo adolorido de tanto brinco. Sus compañeras de colegio la recuerdan por su dominio en temas masculinos y por su mal gusto excesivo. Todas hacían mala cara cuando Juliana comía mango con limón y sal y de repente exclamaba: “Esto está más rico que Choronta en calzoncillos”.

En el universo futbolero amplió su léxico e incorporó palabras que antes le eran ajenas: tronco, crack y leñero. Aprendió que el verbo “ordeñar” también se conjugaba en el terreno de juego, que los arqueros “hacen tiempo” y los delanteros “se comen” goles. Su relación con las matemáticas mejoró. Tenía claro el promedio de victorias, derrotas y empates y hacía cálculos para saber cuáles resultados necesitaba para repuntar en el torneo.

En la radio, cambió a Daddy Yankee por un tal Wbeimar, se creyó comentarista de fútbol y narró en su diario los pormenores de cada jornada. Coleccionaba frases de futbolista y dejó por escrito las respuestas que Choronta siempre daba a la prensa: “Dejamos todo en la cancha”, “tuvimos personalidad”, “Dios quiera que todo se dé”.

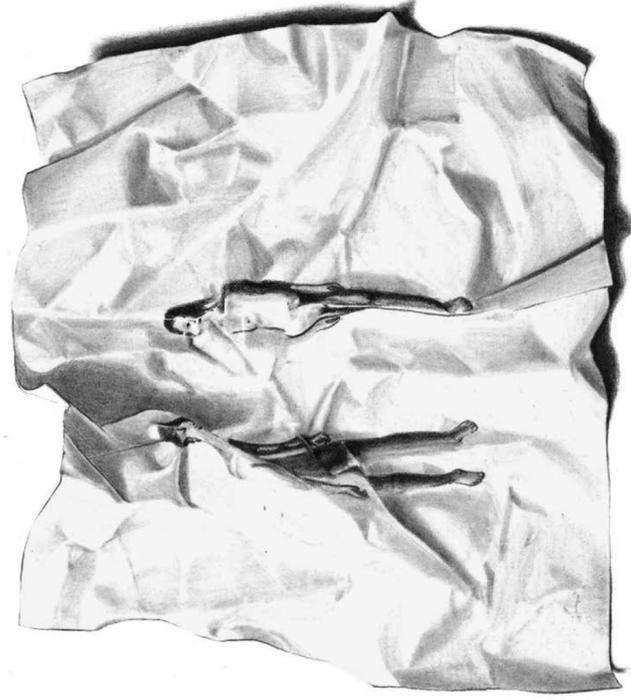
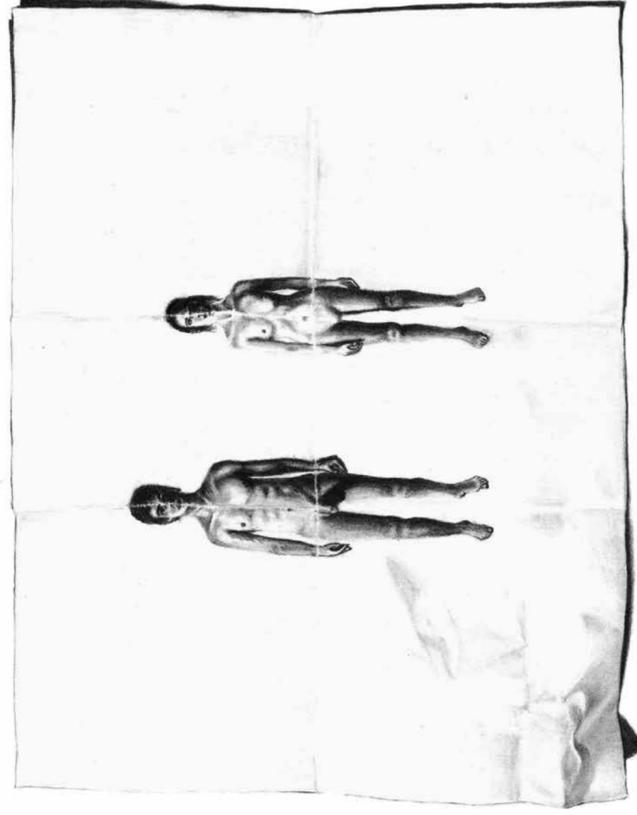
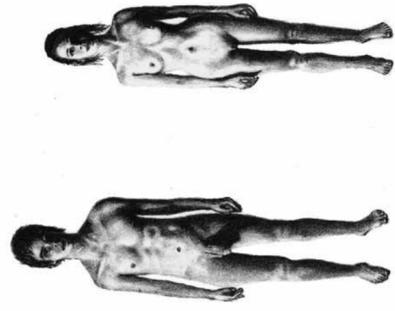
Juliana aprendió más de fe en el estadio que en catequesis. El Poderoso pasó de la casilla trece a la primera y después de 45 años alcanzó su tercera

estrella. Gracias a esa copa que trajo de Pasto en 2002, su amor por el equipo se hizo independiente.

Han pasado catorce años desde entonces y el DIM se quedó en la historia de esta pecosa. Juliana ahora es odontóloga y Choronta, un veterano de la liga mexicana. Ella le sigue la pista desde su consultorio, sabe de sus andanzas a través de Instagram, le sigue detallando los dientes y aún se pregunta qué tiene esa sonrisa que la metió a ciegas al mundo del hincha.

En junio de este año esa flaca futbolera salió del estadio por su propia cuenta y le dio la vuelta al Parque Lleras, lijando su voz, cantando entre la multitud con bastante desafino que: “Es muy bonito, es muy hermoso, ser un buen hincha del poderoso”. Como en los viejos tiempos, pasó por cada esquina con la cara blanca, abrazando a cualquiera, radiante por la sexta estrella, tirando harina y añorando entre el tumulto un toque toque a Choronta para sumar-le otro tanto a su memoria. ©

Este texto hace parte del convenio entre la Subsecretaría de Ciudadanía Cultural de Medellín y la Fundación Taller de Letras en cooperación con *Universo Centro* para la construcción de la memoria del fútbol en la ciudad.



El miedo a mirarnos

por ANDRÉS DELGADO

Ilustración: Manuel Celis Vivas

En una de sus conferencias, el escritor Sergio Álvarez decía que “la sociedad colombiana le tiene pánico a verse en el espejo, le tiene un miedo absoluto a mirarse de frente”, entonces cuando aparece la violencia en la literatura y la ficción, en las películas y series, incluso cuando aparecen programas turísticos para recorrer la ruta de los íconos narcos en Medellín vestidos con guayabera y chancas, comienzan la indignación y los gritos que se oponen, y queda en evidencia ese miedo, ese pánico del que habla Álvarez.

Hace unos días, el alcalde de Medellín, Federico Gutiérrez, censuró a la compañía Air Panamá porque vendía el Narcos Tour diciendo en una carta bien tuiteada, por supuesto, que “no vamos a permitir que empresas serias muestren a Medellín basándose en un pasado doloroso”. Gutiérrez repitió la pataleta de hace unos meses frente al cantante de reguetón y su camisa del capo. Lo llamó, no sin antes verificar el funcionamiento del grabador de voz, y apenas terminó la cantaleta en tono bravo, colgó, verificó la grabación para subirla a las redes y darse el bombo necesario.

Si el alcalde va a prohibir el Medellín Narcos Tour, entonces que mande a recoger en todas las librerías *La virgen de los sicarios*, *La parábola de Pablo*, *Comuna 13 crónica de una guerra urbana*, *Rosario tijeras*, entre otras expresiones que hacen alusión a nuestro pasado violento. No lo hace porque, con el desacato, sería evidente el ridículo. Como lo es ahora, pero camuflado con la obediencia de la empresa turística. Como contraejemplo, hay que ver los planes turísticos para visitar los campos de concentración en Europa, dolorosos, pero sin miedo.

Por su parte, en una columna de opinión publicada en el diario *The New York Times*, el exgobernador de Antioquia Sergio Fajardo criticó *Narcos*, la sonada serie de Netflix, diciendo que “es una versión light de una realidad profundamente compleja” y que “la confusión entre hechos reales y ficción da como resultado una versión desfigurada de lo que realmente ocurrió”.

En defensa de la serie, lo evidente. Hay que verla como lo que es: ficción. Pero no solo verla, sino también opinarla. No es historia en el sentido de la Historia, no es un reportaje, no es periodismo, no es documental, no es testimonio. Es ficción, mito, drama y, así les duela, entretenimiento.

Así como es entretenimiento *House of cards*, que cuenta entre otros asuntos la corrupción adentro de la Casa Blanca, rodada con los permisos de los mismos funcionarios que se figuran en la serie. Cientos de películas y series han mostrado las tripas de los Estados Unidos. Pero allá no tienen miedo, por el contrario, los escritores, los guionistas, los directores, y hasta los políticos, saben que antes de esconder a sus personajes históricos, torcidos o no, o a sus conflictos y vicios y virtudes, es necesario mostrarlos transformados, simbolizados, pirateados, como sea, pero

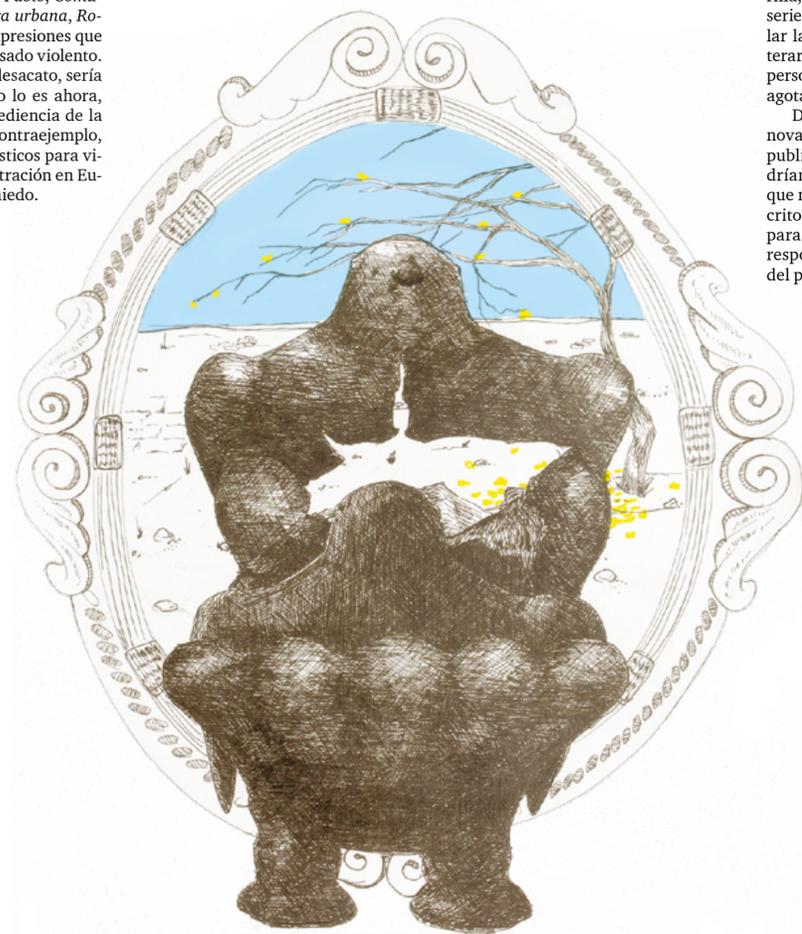
mostrarlos, porque estos personajes y sus vidas son una mina grandiosa, son un tesoro para crear mitos, leyendas y símbolos narrativos. Otro ejemplo, de muchos, muchos otros, y que me viene a la cabeza porque es la serie que ahora estoy viendo, es *Green Zone*, que tradujeron *La ciudad de las tormentas*, con Matt Damon, en la que se recrean las mentiras y confabulaciones de las armas de destrucción masiva en Irak. Un episodio penoso, pero que no da miedo mostrar. Podríamos hacer un inventario de historias similares. En los Estados Unidos son expertos en esto, lo tienen claro, son pragmáticos y expertos en la utilización de la Historia. Desde el punto de vista literario, pensando en los mecanismos de la ficción, Pablo Escobar fue y sigue siendo un gran personaje. Es largo, ancho, alto, complejo. Además vende. No solo series, pelis y novelas, también vende estampados y circuitos turísticos.

Narcos se ve tanto en Madrid, como en Buenos Aires y Ciudad de México, en todo el mundo, porque engancha, pega, vende y distrae, porque entretiene, porque está bien escrita, bien dirigida, actuada, producida, porque se grabó en las calles de la misma Medellín, cuando en Medellín comenzó a entenderse el negocio del cine y la cultura.

Escobar no se agota, y no se agotará en mucho tiempo. Ahora, así no le guste a Fajardo ni a Gutiérrez, tendremos la cinta *Escobar*, con la actuación de Javier Bardem y Penélope Cruz que estará basada en el libro de Virginia Vallejo: *Amando a Pablo, odiando a Escobar* (2008), con un gran director, uno de los mejores, Fernando León de Aranoa. Lastimosamente, no se grabará en la ciudad. Una pena, porque entonces seguiremos siendo la parroquia.

Medellín es conocida por el narcotráfico, marcó una época en las grandes mafias que ahora despachan desde México. La pregunta con Pablo Escobar, la violencia y nuestra historia, hoy distinta, pero no ajena a ese pasado, es ¿qué vamos a hacer con esas historias?, ¿cómo las vamos a transformar? ¿O vamos a seguir tapando el sol con un dedo? Las respuestas son muchas. Se podría utilizar esa difícil marca para potencializar lo que se ha construido, los colegios, los parques bibliotecas, los centros de salud, las canchas deportivas, los centros de emprendimiento barrial, el Parque Explora, y demás nuevos símbolos urbanos, de los que siempre se habla. Mostrar sin miedo el antes y el ahora de la ciudad, como se hace siempre en los procesos de mejoramiento. Teniendo en cuenta que los símbolos no son solo de concreto y varilla, incentivar el cine, la televisión, las series, los talleres de escritura. Estimular la creación de mitos, de símbolos literarios, que Escobar se pierda en otros personajes complejos, que se pierda solo, agotado, consumido y no censurado.

Dicen que somos una ciudad innovadora, pero parece que fuera solo publicidad. Para ser innovadores tendríamos que dejar el miedo, tendríamos que mirarnos al espejo, como dice el escritor Sergio Álvarez, salvar la cobardía para exorcizar el pasado, para hacernos responsables, no solo del pasado, sino del presente, y asumirlo. ©



El Centro encanta, sorprende y cautiva a primera vista. Edificaciones, gentes, arte e historias conforman un escenario propicio, en movimiento y lleno de vida, para caminar, perderse y encontrarse.

El Centro te da la bienvenida.

Con **Vive el Centro** te invitamos a recorrer este lugar de la ciudad a través de trece imperdibles, cuatro rutas y tres planes que te llevarán por diversas épocas, su encanto gastronómico, sus museos, plazas y parques que invitan al esparcimiento.

Las cuatro rutas son:

MEDELLÍN DE MEMORIA
Ruta de identidad, memoria y paz

VIVE EL CENTRO
Ruta Medellín cuenta una historia

BOTERO PARA GORDOS Y FLACOS
Ruta del arte

EL CENTRO A MEDIA LUZ
Ruta para noctámbulos

Informes: www.centrodemedellin.co

Museo de Antioquia: 251 36 36 • Aeropuerto JMC: 350 319 64 73 • Aeropuerto EOH: 350 319 64 71
Plaza Mayor: 350 319 64 81 • Plaza de las Luces: 350 319 64 79 • Cerro Nutibara: 350 319 64 76
Terminal del Sur: 350 319 64 72 • Terminal del Norte: 350 319 64 78
Parque Arví: Estación Metrocable Arví • Subsecretaría de Turismo: 350 319 64 80

Descarga la app **Centro de Medellín** en **Google Play** y **AppStore**



Contra las cuerdas

por JULIÁN ARIAS

Fotografías: Rodrigo Grajales



4:17 a.m.

Oa, oa, oa... Niña, Negra...

Una a una van llegando las vacas, esperando su turno en la empalizada para ser ordeñadas. El hombre alista la distracción, limpia la cantina, maneja la vaca y empieza con la faena.

Esta tierra, lejos de parecer un hato ganadero, es una pequeña granja con un puñado de vacas mansas, aquí los animales son llamados por su nombre, tratados con blandura. Norbey Betancur es un campesino encantador de habla atropellada, su gentileza se revela cada vez que desliza su mano por el lomo de la Negra o en la cortesía con que recibe a los visitantes que deciden atravesar el cerco para conocer su hogar. Un fuerte apretón de manos, un paseo por el bosque, una visita al río ambientada por relatos se llevan los forasteros. Norbey no es activista, ni líder político: es un montañero que lleva más de cuatro años luchando contra la maquinaria estatal y una empresa con capital de más de nueve mil millones de dólares —según la revista *Dinero*— que pretende instalar dos torres de alta tensión al lado de su casa.

El 14 de febrero de 2012 la vida tranquila de Norbey, su esposa y sus dos hijos comenzaría a cambiar. Funcionarios de la Empresa de Energía de Bogotá, a bordo de camionetas blancas de estacas, pasaron levantando polvo por las trochas del Parque Regional La Marcada en Santa Rosa y Dosquebradas. Gafas oscuras y botas amarillas vestían los personajes que tomaban fotos y medían los terrenos sin el consentimiento de los campesinos. Días después, las camionetas fueron vistas por la vereda Volcanes y alrededores del río Otún, aceleraron cuenca arriba, atravesaron las veredas La Bella, La Colonia, El Manzano en dirección al departamento del Quindío; entonces, los funcionarios llegaron al paraje El Bizcocho en el municipio de Filandia, sobre el Distrito de Conservación de Suelos Barbas Bremen.

—La primera vez que nos dimos cuenta de las torres nos visitó una amiga, diciéndonos que los funcionarios de la Empresa de Energía solo querían medir los terrenos para ver si a largo plazo podían tirar unas cuerditas de energía.

Cuando le hablaban a Norbey de cuerditas, se referían a los 39 kilómetros de líneas de alta tensión que están siendo apostados en 81 torres desde el municipio de Circasia en el Quindío hasta Santa Rosa de Cabal en Risaralda. La historia del proyecto empezó el 11 de junio de 2009, cuando el Ministerio de Minas y Energía aprobó el proyecto UPME 02-2009 de la Unidad de Planeación Minero Energética. Se ejecutaría para solucionar problemas relacionados con el suministro eléctrico en los departamentos del Quindío y Risaralda: mejorar la confiabilidad del área y evitar racionamientos, permitir la incorporación de nuevos usuarios especialmente de tipo industrial, para promover el crecimiento económico de la región; esos fueron algunos de los argumentos utilizados para la ejecución del trazado. Según grupos ambientalistas y críticos del diseño, este no es más que un plan para abastecer de energía los grandes proyectos mineros en la zona. Todos piensan en La Colosa de Cajamarca, la que será la mina de oro a cielo abierto más grande de Colombia, entre las diez mayores del mundo. Para Norbey la cosa es mucho más simple.

—Si llegan a poner esas torres, me tocará irme.

Un total de 9 651 hectáreas se encontraban bajo la figura legal de Parque Natural. De ellas, aproximadamente mil hectáreas de bosque impedían la

realización de la obra. El 1 de julio de 2010 el entonces presidente firmó el decreto 2372, permitiendo la recategorización del Parque Regional Natural Barbas Bremen, con este papel firmado, las Corporaciones Autónomas Regionales, que son la autoridad ambiental en cada región, cambiaron la denominación del parque agregando solo dos palabras al texto original: uso sostenible. Con esto legalizaban los proyectos de infraestructura dentro del ahora rebautizado Distrito de Conservación de Suelos Barbas Bremen. El 14 de febrero de 2012 le adjudicaron el proyecto a la Empresa de Energía de Bogotá. Ese mismo día, Norbey empezaría un largo camino para defender su territorio.

Los días en esta tierra empiezan mucho antes de que el canto del gallo saraviado anuncie la salida del sol. Norbey no disfruta otro tipo de vida; orgulloso, dice ser montañero. A los cuatro años conoció el rigor del campo; aprendió a cultivar la tierra, a criar animales, a cuidar a la familia. Es el mayor de cuatro hermanos. La adolescencia le llegó recorriendo potreros, arriando y ordeñando vacas en compañía de su madre. Así creció; en la finca formó su hogar. Pero hace unos años cambió la vida tranquila en su parcela por la experiencia de conducir un autobús en Pereira.

El último día de su profesión como transportador transcurría con normalidad en medio de los trancones; entonces, un joven disgustado con la lentitud del servicio, apuntaló una navaja en el cuello del piloto.

—Todos los choferes tienen una peñilla de dieciocho pulgadas debajo del asiento —cuenta sonriente este hijo de María Layos.

Tres planazos se llevó el joven incauto y hasta ese día duró el trabajo del conductor. La vida lo separó de ese trabajo que repudiaba y lo devolvió al campo. El campo que las torres le quieren quitar.

Mientras la legislación favorece el megaproyecto, campesinos y organizaciones ecológicas se oponen a su diseño. El 17 de octubre de 2014 Norbey Betancur terminó antes que de costumbre el ordeño, entregó la leche y marchó hacia el pueblo para participar junto a un grupo de ambientalistas y pobladores en la llamada “aullatón”, uno de los muchos plantones que se han realizado en el municipio de Filandia en contra del proyecto.

Norbey no entiende por qué tanto empeño de la Empresa para instalar las torres de alta tensión. El entiende la importancia del parque, del río, comprende el valor de cuidar los animales y el monte. No descifra el beneficio de un tendido eléctrico invadiendo estas montañas. No se explica por qué, si existen en la región sectores sembrados de coníferas donde no habitan comunidades, el único trazado fue aprobado sobre zonas de reserva natural y hogares campesinos. Por eso, ha luchado durante cuatro largos años, sin recursos económicos ni formación académica, con mucho valor. Y con su machete de dieciocho pulgadas.

5:27 a.m.

El montañero continúa el ordeño. El cielo bermejo presagia la luz de la mañana. Una lluvia lenta golpea el rostro de Norbey mientras sus manos se mueven armónicamente vaciando la ubre de la Pinta. Cuatro perros buscan calor entre las patas de las reses. De repente un aullido retumbante se trepa hasta la parte alta del cañón.

—Ya empezaron a hacer bulla los viejos; ahora, por ahí a las nueve, apenas empiece a hacer calorcito, suben hasta el borde de la finca. Ahí los ve uno trepados en los yarumos—. Se refiere obviamente a los monos aulladores, alegoría de la riqueza natural del Barbas.

Norbey es alto, delgado, forzado. Tiene la piel blanca, los ojos claros y los rasgos finos. En sus venas converge una



mezcla de sangre muy particular. La familia de su padre —montañeros antioqueños de poncho y carrier!— es oriunda de Don Matías, un municipio del norte de Antioquia. La historia de la familia materna parece una novela escrita en la época de la conquista: su abuela era indígena de El Carmen de Atrato; su abuelo, un español de apellido Layos que nunca quiso contar su historia.

Norbey tenía cuatro años cuando su padre, preocupado por la creciente violencia en la Comuna 4, decidió dejar Medellín y buscar un sitio apropiado para él y su familia. En 1976 llegó la familia a la vereda El Manzano del municipio de Pereira. Con el empuje típico de los paisas, Julio Betancur empezó a hacerse con las propiedades del fallecido Juan Chatarra. Compró la finca, algunas casas de la vereda, cabezas de ganado y hasta el sobrenombre del finado pasó a ser posesión del antioqueño.

Cada vez que Norbey relata la historia de su familia, sus palabras recrean jubilosos aquellos días cuando, acompañado por sus hermanos, se descolgaba en un carro de balineras por las calles de la comuna. El tono de su voz se llena de nostalgia si recuerda la memoria de su padre. Su rostro amable se altera describiendo estos años de resistencia.

Una tarde de 2013 volvía del pueblo. Desde la portada observó con extrañeza cierto tumulto en el corredor de la casa. Obreros de la Empresa de Energía (acompañados por funcionarios del gobierno y hasta de policías)

se habían adentrado sin permiso en su terreno. Su hermano manoteaba, un hombre trataba de imponer sus credenciales, la hermana desde la casa pedía que los sacaran. Norbey levantó la voz.

—Esto es tierra privada, aquí no queremos torres ni plata. Se van de acá.

La Empresa de Energía ha intentado negociar con algunos campesinos de la región. Muchos han claudicado ante las presiones: gente necesitada, con pequeñas parcelas que terminan ocupadas por los inmensos enrejados de acero. Ya son terrenos devaluados e inhabitables, pues a las enormes columnas de cien metros cuadrados en la base se suma una servidumbre de 32 metros de ancho que no permite construcciones para viviendas o animales, ni cobertura vegetal que supere los tres metros de altura.

Según la organización ambiental Chinampa, con la realización del megaproyecto energético será inevitable el desplazamiento de pequeños y medianos propietarios, por efecto de los riesgos de la llamada contaminación invisible, que se desprende de la transmisión de 230 mil voltios.

El gerente del proyecto, Mauricio Acevedo Arredondo, asegura que ha habido mucha desinformación, por tanto ya han realizado más de 43 jornadas de socialización con los habitantes de la zona para contarles lo que se está haciendo. El funcionario manifiesta que se va a minimizar el impacto ambiental y no va a haber deforestación ni brechas que dañen los terrenos. Norbey no cree

estas palabras, no imagina su finca con semejantes columnas metálicas, pues, tal y como está el trazado, la franja de 32 metros partiría su hogar en dos.

El prefiere caminar, adentrarse en la arboleda, contemplar el verde frondoso de la montaña. Aquí, en su tierra, una sinfonía natural emerge todas las mañanas: el silbido de los pájaros, el aullido de los monos, el golpe del río contra la roca, parecieran protestar contra el proyecto de las torres. A un lado de la finca, cedros y yarumos blancos recubren la quebrada El Pencil; al otro extremo, el enorme cañón abriga con su follaje al río Barbas. Estos son los linderos naturales del terreno de los Betancur. Diecisiete cuadros cubiertas de bosque protegen la cuenca, trece de pastos alimentan las vacas para sostener la familia.

—Yo sueño con la libertad y acá tengo libertad, acá no hay peligro de nada, uno puede andar por todo lado tranquilo.

El Plan Ambiental del municipio de Filandia y el proyecto de conservación de la biodiversidad en los Andes colombianos del Instituto Humboldt negociaron con los lugareños la rebaja del impuesto predial a cambio de cuidar las cuencas y los corredores biológicos que atraviesan sus fincas. En el año 2005 el Instituto Humboldt destacó que esta “es un área prioritaria para la conservación. La estrategia (...) diseñada para la cuenca incluye la protección de dos grandes fragmentos de bosque húmedo andino: el cañón del río Barbas y



la reserva forestal de Bremen, y la necesidad construir corredores para restituir la conexión de estos dos parches de bosque en el paisaje”.

Después de décadas de deforestación, los bosques de Barbas y Bremen volvieron a enlazar sus ramas. Yaguandúes, pavas y monos empezaron a utilizar los cuatro corredores. Se atravesaron del Bremen al Barbas, se treparon por el cañón del río hasta Morro Azul para luego descender por el Santuario de Flora y Fauna a la cuenca del río Otún; hasta allí llegaron los monos, que se quedaron en el camino agarrando espigas de yarumos. Felinos y aves marcharon río arriba al parque Ucumari. Las pavas no subieron más, pero algún yaguandú a lo mejor terminó recorriendo el parque Los Nevados, persiguiendo conejos hasta el Cañón de las Hermosas en el Tolima.

Milenios de evolución formaron estos dos tramos de bosque. Cinco años y dos millones de dólares se invirtieron en el primer proyecto de corredores biológicos en Sudamérica. Mucho tiempo y esfuerzo levantando vacas le ha costado a Norbey mantener estas tierras. Pero nada más tres años le bastaron a la Empresa de Energía de Bogotá para sembrar con torres la región.

8:25 a.m.

Norbey para de ordeñar. El sol aparece incrustado en las ramas de un yarumo. Las vacas corren de vuelta al potrero. Una Yamaha RX 115 negra hace las veces de mula. En la parte trasera un guacal de madera sirve de soporte para el acarreo. El campesino levanta las cantinas, las ajusta en el cajón apretándolas con la sogá.

—Ya voy a llevar la leche; ahora que venga del pueblo bajamos al río, pa que vea la belleza y la libertad que se siente. Eso es lo que no ven los de las torres. En cualquier momento llegan y empiezan a hostigar.

Una mañana el sol postergaba la salida. Norbey casi terminaba con su rutina cuando tres personajes misteriosos se asomaron en los potreros. Con voz amenazante preguntaron por el dueño de la finca.

—La patrona no está —contestó él.

Ese día, por primera vez desde que empezó este conflicto, el campesino sintió miedo.

—Entonces firme acá —replicaron los personajes levantando el tono.

—Yo no firmo nada —les dijo mientras empuñaba el machete—, no estoy autorizado.

—Dígale a su patrona que le quedan colgados en una guadua siete millones de pesos.

Este tipo de amenazas se volvieron comunes. No pasan ocho días sin que los funcionarios de la empresa aparezcan. Aprovechan cuando Norbey sale en las mañanas a entregar la leche para ingresar a su predio, medir y delimitar la zona donde irán las torres. Él ha denunciado en varias oportunidades los atropellos a los que ha sido sometido: ante las autoridades, en los medios de comunicación, hasta la gobernadora del Quindío escuchó estas acusaciones. Nunca nadie le dio respuesta.

Como sufre este montañero sufren muchos. El boletín 18 de Peace Brigades Internacional Colombia informa que el ochenta por ciento de las violaciones de los derechos humanos que ocurrieron entre los años 2001 y 2011 se produjeron en regiones con vocación minera energética, y el 87 por ciento de las personas desplazadas proceden de estos lugares.

—Esa gente no puede entrar acá, esto es propiedad privada, la patrona dijo que acá no va a dejar poner ninguna torre.

La patrona es su hermana. Hace más de veinte años, la madre, cansada de ver su esposo jugando al dado todas las pertenencias, vendió lo poco que quedaba, agarró a su hija de la mano y emprendió una travesía por

Centroamérica para cruzar el río Grande. Madre e hija lograron el anhelado sueño americano. Con el tiempo las dos hicieron vida en Estados Unidos, ahorraron dinero y compraron estas treinta cuadras a la vera del Barbas.

Poco tiempo después de comprar la finca, el 2 de enero de 2013, Julio Betancur, el padre, el jugador de dado, el negociante antioqueño de Don Matías, apareció muerto en un misterioso evento.

Golpe fuerte para Norbey, la muerte del padre junto a la presión ejercida para instalar esas torres, en los campos por donde corren sus hijos, justamente ahí, en los potreros donde alimenta sus vacas, en el bosque donde aúllan los “viejos”. Todo parece impulsarlo a vender la tierra para comprar un camión alejándose del trabajo en el campo, la única vida que disfruta.

Pero antes de la muerte del padre, una noche perdida, un cuatrero cuerda en mano llegó sigilosamente al potrero, quitó el broche, enlazó una novilla y agarró carretera arriba hasta perderse en la sombra. Esa fue la última vez de Chiquita pastando en esos potreros. Los días siguientes padre e hijo anduvieron las praderas de las fincas vecinas pero nadie vio nada. Al parecer Chiquita se encontraba ya recorriendo pastizales de otra región. Norbey creía saber quién era el bandido. Se decidió a enfrentarlo. Su papá, entendido en los agites de la vida, lo instó a estar tranquilo, asegurándole que no se le iba a perder la ternera.

—Y no me la dejó perder —asegura Norbey.

Cuatro meses después, la dolorosa noticia llegó a la tierra de los Betancur.

Cuando terminaba el ordeño de la tarde una llamada fue la advertencia. Habían encontrado a Julio tirado en la vereda Cruces con un fuerte golpe en la cabeza. Norbey soltó todo, nervioso prendió la moto y aceleró hacia el pueblo. El camino se hizo pedregoso, lento, brumoso. Desesperado entró al hospital. Allí estaba, abatido en una camilla. Nada que hacer: al viejo Julio se le habían acabado las jornadas de dado y fiesta. Nadie vio nada, nadie supo qué pasó.

Pasaron las semanas y Norbey empezó a escuchar una voz. Historias sobre vacas paridas y terneras extrañadas le narraba su papá en los sueños. Cada noche cerraba los ojos y la imagen del viejo aparecía. Los días no eran distintos: caminando por la finca, en las calles de Filandia, en la cafetería del parque... miraba a su padre.

Hasta que un día, por una finca vecina, la sombra café en uno de los potreros llamó la atención de Norbey. Sigilosamente se acercó al pastizal. Allí estaba el animal que meses antes le habían robado. Empezó a decir suavemente:

—Chiquita, Chiquita...

La ternera no dudó en atender el llamado. En un santiamén llegó la policía, el dueño de la finca, los mirones y un tal Potranco. La discusión se agitó. Potranco decía que la había comprado en un criadero en Circasia. Norbey levantaba la voz contestando que la ternera era suya. Un funcionario de la notaría trataba de resolver la pelotera.

Como en disputa por la custodia de un hijo, el animal fue puesto en medio de los padrastos.

—Le dije a Potranco: “Viejo, ahí está esa ternera, ¿es suya?”. Me dijo que sí. “Llámela entonces”. Empezó a llamarla: “Mona, Mona, Mona...”, la ternera nada, ni siquiera lo volteó a mirar. “Vea viejo, esa ternera es mía”, le dije, “y la ternera se llama así: Chiquita, Chiquita, Chiquita”. Ahí mismo el animal vino berreando tras de mí.

Ante la irrefutable evidencia, Chiquita volvió a sus pastos. El tal Potranco la había comprado robada.

—Mi papá antes de morir dijo que no me preocupara por la ternera, que ella aparecía, y vea, me la devolvió. Se la llevaron hasta Circasia, luego pa La

Florida. ¿Por qué no la vendieron allá? Mi papá desde el cielo dijo: “Esa berraca tiene que volver a Filandia”, y la voltió pa acá, a los desechos míos. Estaba lindando conmigo. Él me ayuda mucho. Yo le pido todos los días pa que no deje poner esas torres.

Destrozado por la muerte de su padre, harto de la pelea con los funcionarios de la Empresa de Energía y de tanto embrollo, Norbey decidió contarles a su esposa y a sus dos hijos los planes de marcharse. La respuesta de la niña de ocho años lo dejó conmocionado.

—Papá, y si vendemos la finca, ¿quién va a cuidar a los perritos? ¿Quién va a cuidar las vacas y las gallinas? ¿Qué va a pasar con el caballo que dejó el abuelo?

Esas palabras borraron cualquier idea diferente a la de luchar por lo suyo. No había que vender nada, solo levantarse contra el dolor y oponerse al proyecto.

9:47 a.m.

En medio de estos pastizales rodeados de bosque, una humilde casa con corredores de guadua es el refugio de la familia Betancur. Norbey asoma arriba, en el filo; lentamente se descuelga hasta el patio de la casa. Cacareos, graznidos y ladridos reciben al montañero. Aparca la moto, descarga las cantinas vacías.

—Camine pues, bajemos para que vea la belleza. Ese es el río Barbas, para allá es Risaralda, nosotros estamos en el Quindío.

En la entrada a la finca, colgados del cerco, los avisos de propiedad privada buscan frenar la entrada de esos visitantes incómodos. Como él mismo dice, ni las advertencias impiden que la gente de las torres atraviese los predios. Es común encontrar a los funcionarios del proyecto del cerco para adentro. Hace un mes estaban en la parte de atrás de la casa, en el sitio donde será instalada la torre 40. Sin autorización alguna cortaban el pasto y enterraban mojoneros. El campesino los enfrentó arrancando las señales, enfurecido los exhortó —por enésima vez— a abandonar su terreno.

—Esto es propiedad privada, ustedes no pueden estar aquí. Si quieren que los eche como sacando pulgas, no es sino que lo digan.

En el sitio donde será instalada esta torre, un par de años atrás, encontraron vestigios arqueológicos. Hay fotos y videos de la excavación. Para Norbey es claro el daño que pueden hacer las torres a la historia. Instintivamente levanta la mano y señala las terracetas que se presentan a lo largo del trazado, asegura que la zona fue habitada por comunidades indígenas y que posiblemente allí hay entierros de muchos años.

—Aquí nosotros sacamos unas ollas; quién sabe cuántos miles de años tendrá eso. Oiga, lo bonito que construye la tumba esa gente, a mí nunca me había tocado ver algo así —dice.

Sobre otro punto del proyecto, en la vereda Volcanes de Santa Rosa (Risaralda), el 21 de julio de 2015 los trabajadores de la Empresa se encontraban perforando el suelo hasta que el golpe de la pala contra unas rocas detuvo la obra. Tumbas de cancel de más de 1 500 años de antigüedad se encontraron en la terraceta donde sería instalada la torre 61. Según la Empresa de Energía de Bogotá, la compañía siguió los protocolos establecidos por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) para el debido cuidado y exploración de este importante descubrimiento arqueológico. Pablo, el propietario del terreno, afirma que el hallazgo lo hicieron ocho días antes y que solo hasta que la comunidad se hizo presente detuvieron la construcción. Habitantes de la zona y grupos ambientalistas acamparon en el lugar para impedir que continuaran la perforación.

En varias partes del trazado se ha presentado algún tipo de violación ambiental. Norbey manifiesta que la torre

39 que será instalada en su terreno tiene que ser movida pues se encuentra a menos de cien metros de un nacimiento de agua. El estudio “Diagnóstico dimensional, evaluación de impacto ambiental y plan de manejo proyecto UPME 02-2009”, realizado por estudiantes de Administración del Medio Ambiente de la Universidad Tecnológica de Pereira en el año 2013, identifica los posibles efectos negativos generados.

A Norbey no le interesan las palabras raras, ni los tecnicismos utilizados en esos estudios, a él le basta con observar el tropel de aves que cruza el cañón en las mañanas para entender que quizás esas cuerdas les pueden cortar el vuelo. Norbey no sabe qué es fragmentación del área o pérdida de cobertura vegetal, él simplemente se imagina cuántos años tuvieron que pasar para que ese monte que está siendo tumbado pudiera crecer. Piensa en los animales que vivían allí, imagina hacia dónde tendrán que correr. Si alguien le pregunta sobre modificación de las actividades productivas, lo más seguro es que no obtenga respuesta; eso sí, cada vez que levanta la mirada y observa los enrejados que están siendo clavados en las fincas de sus vecinos, reflexiona cómo sostendrá a su familia cuando debajo de esas torres ya no pueda sembrarse nada. Sin ningún tipo de análisis o estudios, Norbey deduce con su mirada el impacto del proyecto, razón y concluye:

—No es justo que al mismo campesino lo atropellen así.

12:12 p.m.

Norbey observa cautivado el monte que rodea su finca. Desde la pequeña colina donde será instalada la torre 40 nos enseña unos monos aulladores que brincan entre los yarumos. Su hijo Anthony, de cuatro años, sonriente se pasea entre sus piernas.

—La pelea va a ser larga, aquí va a haber guerra —dice.

La figura de Norbey se aleja totalmente de cualquier cliché revolucionario. Tal vez, inconsciente de su papel, hoy es un símbolo de la resistencia campesina. Envuelto por esta selva y este río, alentado por su familia, por la memoria de su padre, lúcido y corajudo, asegura:

—Aquí no dejamos poner nada.

Ahora está esperando el fallo de una demanda instaurada por la Empresa de Energía de Bogotá, que probablemente se pronunciará en su contra. Entonces, los funcionarios recibirán el poder para atravesar el cerco sin permiso, como ya ha pasado con otros campesinos que habían cerrado las puertas de su finca al proyecto. También es cierto que el montañero de nuevo desfundará el machete; cuando eso suceda, seguramente el aparato estatal se hará presente, con sus escudos, sus bolillos, sus gases y sus balas.

Norbey tiene razón: la pelea para defender el patrimonio de su familia es larga, muy larga. ©



Un año como los otros

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Verónica Velásquez



La costumbre es inevitable. El remordimiento y la esperanza nos obligan a todos a revisar las cosas que pasaron en busca de un significado o de una enseñanza siempre incierta. Y cada año por estos días los medios también intentan realizar un balance de lo que nos ha pasado, poniendo énfasis, claro está, en los descalabros, que son más vendedores que los éxitos.

Algunos no se salvan de la originalidad de escoger un personaje del año. A veces un criminal de guerra, a veces un bailarín, casi nunca un santo. Y ya vendrá lo otro: los pronósticos de enero cuando hacen sus apariciones estelares los analistas políticos y económicos que casi siempre se equivocan, y los brujos y las brujas con sus turbantes, y sus barajas que por irrazonable que parezca a veces aciertan con el anuncio de un sismo en el Japón o en Costa Rica, con el deceso de un presidente, el ingreso por sobredosis de un payaso en el hospital o el parto feliz de alguna estrella del séptimo arte. O su espinoso divorcio. Porque las estrellas también paren. Y también se divorcian dejando un reguero de espinas.

Es fácil profetizar. Basta un poco de perspicacia para humear en las cosas que son, para anunciar con mucha probabilidad las que vendrán por inercia. Eso hacían los profetas de la Biblia: cuando la sociedad aflojaba los marcos legales y se enflaquecía el respeto del otro y la gente se entregaba a la idolatría de lo superfluo, a los vicios ramplones de la gula y la lujuria y la codicia, el desorden social era previsible, advertible, con

sus violencias, y hasta con los huracanes y las lluvias de fuego de turno. Porque como es adentro es afuera. Y muchas veces coinciden los terremotos con el ascenso de los tiranos. No me pidan que lo pruebe. Busque el lector por su cuenta en su colección de periódicos viejos, esos mismos que se ha pasado todo el año tratando de decidir cuándo va a sacar de su casa. Y allí verá los huracanes que barrieron a Cuba para saludar la llegada de Castro con sus paredones. Y los sacudimientos telúricos que siguieron a la orgía sangrienta de Pinochet en nombre de los valores de la civilización cristiana.

Los sadomasoquistas del desastre que siempre están llorando sobre las leches derramadas el año que viene seguirán advirtiéndolo sobre los cataclismos generados por el cambio climático, gimiendo por la destrucción de los corales de Australia, clamando contra la extinción de los pericos ligeros. Y por supuesto encontrarán razones para sacar pecho. Muchas cosas malas sucederán y desaparecerán alacranes azules y habrá tifones en Texas arrumando los automóviles en los campos de golf. Porque así son las cosas de este mundo. Desde las guerras del Ramayana.

los otros. O el hecho de que los norteamericanos hayan elegido a un hombre de empresa, manoseador de secretarías y evasor de impuestos para que dirija la nación más poderosa del mundo por cuatro años. O el que los ingleses amenazaran las costuras de la Unión Europea que después de todo representaban una esperanza de cohesión en un mundo desbaratado, y que según se aguardaba haría imposible para siempre el espectáculo grotesco del siglo cuando las naciones que engendraron a Rubens y a Bach y a Mozart y a Beethoven y a Kant y a Descartes se enmarañaron en dos guerras monumentales. Dos guerras que hicieron dudar a muchos de los poderes de la razón y de la inteligencia y de la posibilidad de un orden y que justificaron los desafueros del dadaísmo y las desconstrucciones de Pablo Picasso en un intento de probar si lo irracional y lo desvertebrado redimían a la humanidad de unas estructuras que se habían vuelto sospechosas.

Todos los años desde el principio están hechos de los mismos calambres. Aunque a veces revisten una gravedad nueva, una variación que los singulariza. La muerte de Abel fue más que la muerte de un hombre. Según el mito, su asesinato a manos de Caín valido de la quijada de un noble burro representó ni más ni menos que la extinción de una cuarta parte de la humanidad. Cuando Abel murió solo eran cuatro los seres de este mundo: los padres, Adán y Eva, y los dos muchachitos que protagonizaron el primer fratricidio, que se reedita hasta ahora ritualmente, todos los días, como si se nos hubiera pegado el vicio de la mortífera envidia. El cataclismo de Alepo es relativo. Y los millones de muchachos que sacrificó Europa en las guerras que siguieron al derrumbe de los imperios no fueron de tan mal augurio como la primera muerte del pastor.

A veces en la monotonía de los temas que somos capaces de cantar hay matices. No todos los años se le concede a un colombiano un Premio Nobel. De hecho desde que inventaron esos premios llenos de prestigio, solo lo obtuvieron entre nosotros, que se sepa, un cataqueño aficionado a contar mentiras con los recursos hispanizantes de los piedracielistas, el de literatura, y el "alterno" de la paz a una adorable comunidad de afrodescendientes de Cimitarra inspirada en los sueños anarquistas de un colombiano injustamente olvidado, de nombre Miguel Ángel Barajas.

Este año de Dios le correspondió a un Santos, de los Santos de Antonia, la descendiente de la emprendedora familia de tabacaleros en los reinos de Santander (si me equivoco no es la primera vez), que además sostuvo una guerrilla en Coromoro en apoyo al levantamiento continental de un millonario venezolano con delirios de grandeza llamado Simón Bolívar, que acabó por desgajarnos del imperio español. Lo cual para algunos fue una hazaña en beneficio de la humanidad, de un nuevo equilibrio

del universo según decían él mismo y Canning el político de Inglaterra, y para otros un error enorme que nos tiene como nos tiene. Tal vez a Latinoamérica le habría venido bien otro siglo de colonia a fin de refinar los aportes de la civilización y de despojarnos del horrible vicio de canibalizarnos que seguimos practicando con pasión indomable. Tal vez no hubiéramos debido echar a los jesuitas.

El chozno de doña Antonia, y Premio Nobel de la Paz, recibido en Noruega, impuso una variación en el soberbio retorno de las cosas, que jamás retornan idénticas. Y tuvo merecido el galardón y el aplauso y el horrible concierto con una zarzuela de coda: al cabo de un rosario de convenios de paz que fueron nuestra historia política de los últimos cien años desde los años del general antioqueño Uribe Uribe. Antes los tratados cabían en un sobre de carta, cuando la gente quizás era más creíble y sabía mantener su palabra. El de Santos con dos versiones ocupa un ladrillo ilegible de sueños de leguleyos tomados al vuelo durante años de discusiones habaneras, y nos pone otra vez en las puertas del templo de la esperanza. Y al mismo tiempo en el peligro de repetir viejas desgracias o unas muy semejantes. Pues lo único que cambia en nuestros desórdenes es la parafernalia: las guerras de los comienzos del siglo se hacían a rula limpia, las de los años cincuenta se hicieron con escopetas caseras y las del final de la centuria con ametralladoras y granadas cocidas en las armerías de los países ricos.

Puestos a elegir el más destacable entre los sucesos que marcaron el año que está a punto de culminar, la decisión es difícil. El premio de literatura de Dylan nos recuerda que García Márquez había pensado que Georges Brassens era el primer poeta francés del siglo XX.

El fracaso del plebiscito santista para la refrendación de los acuerdos de La Habana, la asunción inesperada de McDonald Trump al poder con su pandilla de multimillonarios, junto a la muerte del patético Fidel Castro que arrastró a Cuba a la miseria por narcisismo, y a un montón de incautos a todo lo largo y ancho de Latinoamérica al aventurerismo revolucionario, son difíciles de jerarquizar. Lo que sí debió dolerles en el alma, si tienen, a los discípulos del barbudo tirano, que además lo consagraron como una de las más altas figuras históricas de la modernidad, fue que le hubiera tocado compartir la atención del mundo con un equipo de fútbol brasileño desastrado en La Unión, Antioquia. Debieron hervir las cenizas en esa urna orgullosa. Por no contar con todos los reflectores.

Junto a la derrota de todos los días de los fanáticos de Isis y al holocausto fraternal de los países musulmanes, junto al comienzo del derrumbe del socialismo del siglo XXI en la América española..., en medio de los preparativos de los buñuelos y los pavos navideños, la tortura, violación y muerte por asfixia de una niña indígena en Bogotá por cuenta de un exitoso sicópata estrato seis, nos abrumó a todos. Pero sobre todo nos asombró, aunque vivimos de asombro en asombro, el rostro de Aída Avella agitando vociferante, como la abuela de Capercuta Roja, una deleznable bandera de papel, con un rictus de asco, frente a la casa del sacrificio. Con mucha probabilidad veremos legislando a sus compadres en el capitolio el año entrante. Mientras llegan los parlamentarios elenos y los bacrinós y los del Jega y los jíbaros del Bronx bogotano a repartirse el ponqué de las inclusiones. Pues todo debe cambiar para que todo siga igual. Con sus matices. Para que todo no sea una copia tediosa de lo mismo sino una variación en la sinfonía tragicómica que interpretamos entre todos por la gracia de Dios. Y no era más. Que sean felices. Y coman perdices. Si es que no las acabaron ya los cocineros del calentamiento global. ©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

GUAYAQUIL

En aquel momento yo sentí serenidad, la serenidad de la tarde cuando ha llegado un día completo a la memoria de los hombres. R.C.A.

La cámara enfoca unas cuantas personas que entran a un café madrileño; un almanaque en la pared indica el año, 1916. El grupo se arrima a una mesa cuyos contortullos hablan de literatura. Uno de los recién llegados es Jorge Luis Borges, "un joven argentino, alto y delgado, que parece haberlo leído todo". La frase es de Rafael Cansinos Assens, quien preside la tertulia. Se cocina en esas reuniones el surgimiento del ultraísmo, una vanguardia poética que exalta, por encima de todo, el poder de la metáfora. Borges, subyugado por el verbo elocuente de Cansinos, adhiere a esos postulados, y promete divulgarlos en Argentina, a la que pronto volverá. Pero, ya de regreso a sus pagos, olvida pronto sus promesas, pues no es hombre de consignas ni manifiestos. En su primer libro, *Fervor de Buenos Aires*, está ya su voz, la que siempre tendrá. Deja atrás las consignas ultraístas, pero no la admiración por Cansinos, al que durante toda su vida llamará su maestro. Aquí hay un fundido.

La cámara vuelve a Cansinos Assens. Es un hombre alto y algo corpulento; su rostro caballuno no se parece a ningún otro, su palabra hipnotiza. Más allá del registro de la lente, digamos que es sevillano, de presuntos ancestros sefardíes. Él, sí, lo ha leído todo. Es políglota, traductor de varias lenguas, poeta, novelista a su modo, ensayista, memorialista. Tal vez su mejor obra, o al menos la más atractiva, se agrupa en tres tomos póstumos, *La novela de un literato* —editados por su hijo Rafael—, vasta recopilación de apuntes, esbozos, semblanzas y retratos del mundo madrileño y bohemio en el que vivió tanto tiempo. Hay en esas páginas mucha ironía, mucha compasión también. El tercer tomo termina con la inminencia de la guerra, y todo se impregna de fatalidad, todo es despedida. Sabe bien Cansinos que el mundo de su dorada bohemia ha terminado para siempre. Hizo bien su hijo Rafael en dar término allí a esos apuntes, pues nada puede ya decirse. Perseguido por el acoso franquista, Cansinos se retira a sus cuarteles de invierno. Sigue escribiendo, sí, sus estudios eruditos, pero nuestra película no lo sigue ya. Aunque hay un epilogo.

Muchos años después, ya famoso, Borges regresa a Madrid, y expresa su deseo de visitar a su maestro. Un amigo lo acompaña, pero por respeto no ingresa con él a la casa del sevillano. Lo que en ella hablaron esos dos hombres quedó en el misterio. Se acuerda uno del secreto diálogo entre San Martín y Bolívar, evocado por Borges en un cuento magistral, *Guayaquil*. Al propio autor de *El Aleph*, tan amante de simetrías, no le hubiera disgustado ese paralelo.

CODA

En la librería Grammata exhibe sus cuadros Raúl Álvarez Mejía, arquitecto y pintor de larga data. Agrupa sus trabajos, al óleo, bajo el título genérico de *Nostalgia del ferrocarril*. Son obras de gran belleza plástica y de impecable técnica. Bienvenida esta hermosa muestra, tan a contrapelo de una época en que los pintores ya no pintan. Ojalá Raúl les dé ejemplo. ©

lenteja express
Hamburguesería vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

Domicilios Envigado 596-8890

10% OFF

Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

www.lentejaexpress.com.co

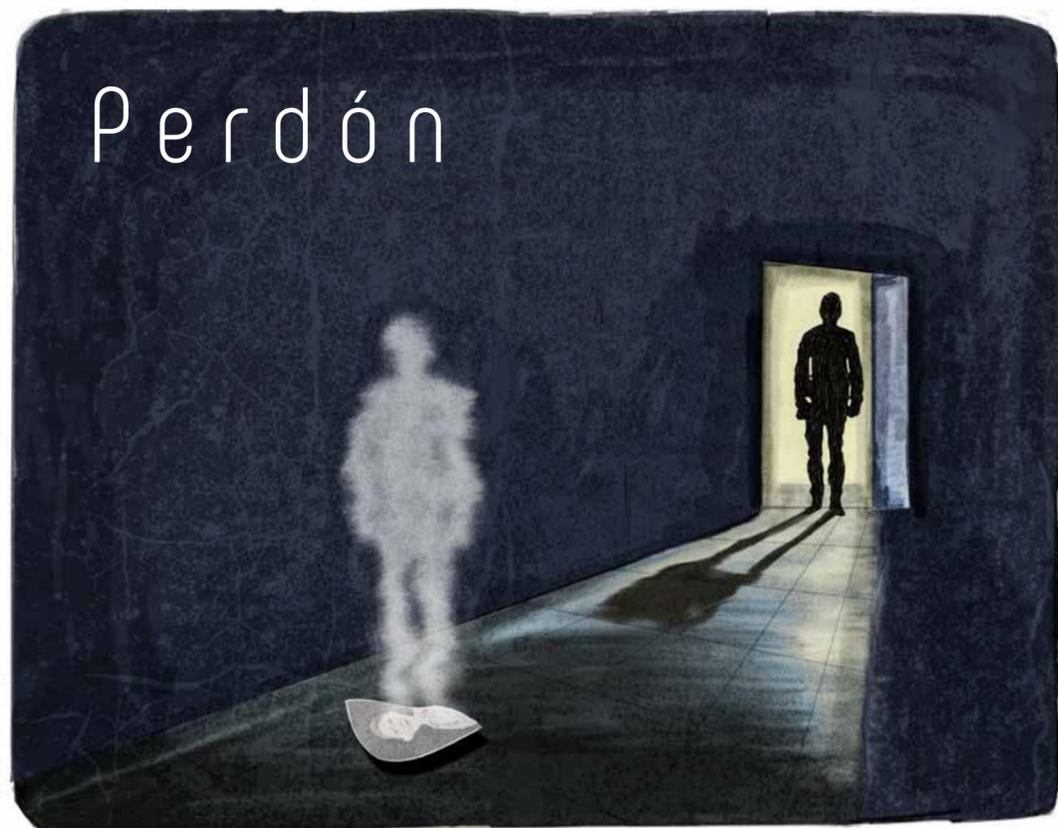
310-8454059

síguenos

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Trabajar en la registraduría y la inspección de policía de un pueblo antioqueño puede suponer retos increíbles. Contar los votos y los muertos. Pastora Mira comenzó en esas oficinas su vida de funcionaria en San Carlos. Los parásitos los sacaron del pueblo. Volvió hace quince años y desde el Concejo ha defendido los derechos de las víctimas.



por HUGO TAMAYO GÓMEZ

Ilustración: Mónica Betancourt

El entierro fue el jueves a las cuatro de la tarde. Ya en el cementerio parroquial, cuando fui a empujar el ataúd para guardarlo, miré hacia arriba y vi la Virgen de la Piedad, que está con el Señor en los brazos, y dije: “¡Ay, virgencita!, gracias por haberme permitido tenerlo, educarlo, formarlo, verlo crecer... En nombre de Jorgito, pido perdón a todas las personas que él en su corta vida haya ofendido. Y te ofrezco de todo corazón el perdón para los que lo han llamado y que creen que segando vidas parará este conflicto que vengo padeciendo desde que tengo uso de razón. Algún día les recordará la conciencia. Que Dios los bendiga”. Me eché la bendición y me fui.

El sábado salí de misa de siete de la mañana, bajé las escalas del atrio, crucé el parque por el lado del quiosco, y cuando caminé hasta la otra esquina e iba a girar para seguir para mi casa, había un hombre gritando y diciendo vulgaridades; renegaba sentado en la acera y había unas señoras ahí paradas, al pie de él, escuchándolo. Le pregunté a una de ellas qué le pasaba a ese muchacho. “¡No, un paraco que está herido ahí!”, dijo una de ellas un poco despreocupada. “Es un ser humano”, le contesté. Luego me le acerqué más y le hablé: “Si cambia de vocabulario, yo le puedo ayudar”.

Como yo vivo a unos veinte metros, entonces, cuando ya estaba más calmado le di la mano, lo paré y nos fuimos. Llegué a la casa, abrí la puerta, lo senté en el comedor, fui a la cocina, preparé un café con galletas y queso y lo dejé comiendo. Mientras tanto me el teléfono y llamé a María, una enfermera amiga de aquí del hospital de San Carlos, y le dije: “Por qué no me hacés un favor, venite que hay un muchacho con

una herida en un pie, lo tiene inflamado y está ardiendo de la fiebre. Entre a la farmacia y compre una droga, que yo ahora le doy la plata”. “Listo, ya voy”, me dijo.

Cuando el muchacho terminó de desayunar, como lo vi tan sucio, fui a la pieza y le traje una camisa y una pantaloneta de las que quedaron de Jorgito, y le dije que entrara al baño y se cambiara. Luego llegó María con gasa, esparadrapo, y le limpiamos la herida. “Doña Pastora, ¿que se acueste ahí?”, me dijo María cuando terminamos de curarlo, señalando el corredor. “No, camine para la pieza”, dije yo, y lo entramos y se acostó. María le aplicó dos inyecciones en las nalgas y él se quedó dormido.

Nosotras seguimos sentadas en un mueble frente a la cama, cuando de pronto nos interrumpió la conversación y preguntó: “¿Ya me puedo parar?”. “Si no te sientes mareado, pues párate”, le dijo María. Entonces él, muy despacio, se fue enderezando. Y, sentado, apoyó las manos sobre la cama para intentar levantarse, pero apenas alzó la cabeza, vio unas fotos en la pared y gritó: “¡Uy!, ¡qué hace ese man ahí!”. Y se quedó pasmado observándolas. Luego, sin retirar la mirada de la pared, de frente a las fotos, volvió y dijo: “¡A ese hijueputa lo matamos antiel!”. Entonces yo le dije: “Esa es su cama, donde estás sentado, esta es su alcoba, esta es su casa. Esas son las fotos de grado de Jorgito y yo soy su madre. ¡Ese hijueputa, como usted dice, es mi hijo!”. Entonces el muchacho entró en shock y se puso a llorar. Y ahí mismo se me vino a la mente la cuenta de cobro que había pensado en el cementerio.

Mientras él, asustado, seguía llorando, mi reacción fue coger de la mesa un teléfono inalámbrico que tenía mi hijo, y le dije: “Señor, en algún lugar del mundo hay

una madre que llora. Que quiere saber dónde está usted. Llámela. Si le da pena decir qué está haciendo, no le diga, pero dígame que está vivo”. Él se quedó hablando y yo me salí con la enfermera para el patio, donde también se encontraban mis dos hijas, y las cuatro nos pusimos a discutir el asunto.

“¡Hay que matarlo!”, decía una de mis niñas. “Con una inyección tiene”, dijo María. “¡Es que mató a mi hermanito!”, argumentaba mi otra hija. “¡Un momento! –les dije yo–. Si ustedes me ponen aquí a Jorgito, y que aparezca vivo, ¡pero que yo lo vea!, pueden picar a ese muchacho si se les da la gana”. Mis hijas y María repetían furibundas: “¡Hay que matarlo!”. Por último, les insistí: “¿Y qué hacemos con un muerto aquí? ¡Nos volvemos sicarias entonces!”.

Mis hijas salieron de la casa calladitas y yo me quedé con María, que también seguía sin palabras. Y volvimos a la habitación. Y ahí él nos contó quién había pagado para que lo mataran, que lo amarraron y quienes y de qué forma lo violaron: que le echaban sal en... Cuando terminó de hablar, el muchacho se paró. Entonces saqué dinero y le dije a María que le aconsejara qué pastas podía tomar.

Caminó hasta la puerta, se paró en el umbral y todo asustado miraba como un conejo para lado y lado de la calle. Como lo vi tan nervioso e indeciso, le aconsejé: “Es mejor que vaya al hospital, porque le puede dar tétano. Y váyase tranquilo”. Al fin se fue.

Cuando se dio la desmovilización de las autodefensas, él era el primero que estaba en las reuniones. Pero no duró mucho, al siguiente diciembre lo mataron, y cuando vino la mamá a recogerlo le ayudé a hacer los trámites para llevarse el cadáver. Trámites iguales para todos. ©

Aprende francés
Inscripciones a partir del 11 enero
Próximo inicio de cursos:

Intensivos **Miércoles 18**
Regulares **Sábado 21**
Regulares **Martes 24**

ENERO

af Alliance Française
Medellín

+57 (4) 444 2620
medellin.af@alliancefrancaise.org.co

Síguenos  

Disfruta del Año Colombia - Francia 2017.

MUSEO D ANTIOQUIA
135 AÑOS



Cementos El Cairo, Primeras Muestras de Clinker, 1950

Con estos objetos comenzó
nuestra historia

LA CONSENTIDA
ES LA
COLECCIÓN FUNDACIONAL

Visítala hasta el 22 de enero
Sala Cundinamarca

**Clases Personalizadas
de Inglés y Español**
PERSONALISED SPANISH & ENGLISH CLASSES

Traducciones del Inglés al Español y del Español al Inglés.
Translations from English to Spanish and from Spanish to English.
Visitas guiadas en Medellín y sus alrededores.
Guided tours in Medellín and its surrounding towns.

Luz Piedad Gonzalez
321.888.2506 • luzpgonzalez@gmail.com
Profesora Licenciada UPB

Así será el tramo 4A Fase 1, quebrada Doña María - Itagüí

Así será el Tramo 2A San Marcos - Centro de envigado

Estación Industriales - Medellín

**Metroplús
Más Cerca**

Concedido por:      

Activismo y despecho

por RONAL CASTAÑEDA

Fotografías por el autor

No saben cuántas cosas pueden hacer con un pedazo de cartón y algo de tinta.

“*This is America!*”. Estados Unidos de América, un país de contradicciones. Lo mejor de lo peor y lo peor de lo mejor. Su presidente electo, Donald Trump, es producto de esa contradicción. Y gústele a quien le guste, sigue siendo un país ineludible.

En medio de una protesta contra Trump, pocos días después de haber ganado las elecciones, alrededor de doscientas personas se enfrentaban en la Trump Tower a dos hombres blancos, ciudadanos norteamericanos defensores de Trump. No hubo agresiones, no hubo insultos. “*This is America!*”, gritó uno de ellos. Desde la primera enmienda de su Constitución, el país declaró su defensa acérrima de la libertad como valor más alto, cosa que no parece muy clara en todos los países. En la palabra y la acción, cada ciudadano construye ciudadanía.

He conocido muchos inmigrantes latinos residentes, ciudadanos e indocumentados. Los inmigrantes indocumentados son quienes más temen retaliaciones del nuevo gobierno. No hay desesperación pero tampoco esperanza. Es una calma chicha, mirada con mofa y despecho: al día siguiente el chiste era qué tipo de maleta sería mejor comprar para

el viaje de regreso a casa y si alcanzaban el *Black Friday* para agarrar buenos descuentos. Estas manifestaciones y protestas públicas dejan ver la incomodidad de inmigrantes de todo el mundo que temen por su futuro y el de sus países.

Expresiones políticas

El *subway* de Nueva York, un mito en sí mismo, transporta más de ocho millones de pasajeros diarios, diez veces más que el metro de Medellín. Tiene un departamento dedicado exclusivamente al arte, el MTA Arts & Design, cuyo fin es incrementar la experiencia del usuario con los lugares a los que llega. Así, te topas con las increíbles esculturas del artista Tom Otterness en la 14th St. con la 8th Av., una mirada caricaturesca de la política y la corrupción en Nueva York cuando se construyó el *subway* hace más de un siglo.

En el *subway* te encuentras con mosaicos, esculturas, *breakdancers*, músicos, grafitis. Justo en la estación 14th St. Union Square, una de las que más movimiento artístico tiene, se encuentra el muro que Donald Trump no esperaba. Miles de *post-it* con mensajes de ira, frustración, esperanza y amor, dirigidos al

multimillonario; una especie de muro de confesiones y lamentos, imaginado por el artista Matthew Chávez, Levee, con miles de mensajes de personas que expresan lo que sienten en un pequeño papel de pegatina. Se volvió un lío y no había muro para tanto mensaje. “Los musulmanes, mexicanos y mujeres no son nuestro enemigo. Somos uno”. La gente empezó a replicar el muro en otras estaciones. “Amor + acción: cambio”. “Este es el muro que importa”. “Las cabezas más frías pueden prevalecer”.

No sé si este muro se podría siquiera imaginar en Medellín. Hace poco el gobernador de Nueva York, Andrew Cuomo, también puso su papelito e insistió en las libertades individuales de los neoyorkinos y los inmigrantes. Un arrebatado gesto en un momento político donde la angustia y la zozobra empiezan a calar, en un país con más de 55 millones de habitantes latinos, es decir, el diecisiete por ciento de la población.

Así, aparecieron propuestas de todo tipo. Fue como supe de Indecline, un colectivo anónimo de artistas, grafiteros y activistas políticos con toda una cantidad de proyectos provocadores. Su trabajo se concentra en las injusticias



sociales, económicas y políticas de los gobiernos, las corporaciones y lo que llaman las “fuerzas del orden”. Este es su panorama: “A pesar de lo que hayan tomado, continuamos peleando por lo que queda”. Anarquía fresca.

A principios del año pasado, el colectivo rompió el récord mundial del grafiti ilegal más grande del mundo, pintado en una pista militar abandonada en el desierto de Mojave, California, el mensaje: “*This land was our land*”. Para octubre de ese mismo año, en respuesta a varias declaraciones de Trump acerca de que los mexicanos eran violadores, el colectivo irrumpió con un mural en la frontera con México, cerca al aeropuerto de Tijuana, que decía: “*Rape Trump*”. Uno de los miembros anónimos decía: la controversia funciona mejor.

Hace tres meses, el colectivo hizo una serie de réplicas a escala humana de Trump desnudo, barrigón, varicoso, con el rostro constipado y con un diminuto pene sin bolas. La estatua fue llamada *The emperor has no balls*, título tomado irónicamente del cuento de Hans Christian Andersen *The emperor's new clothes*. Fueron ubicadas las réplicas en diferentes ciudades de Estados Unidos, una de ellas Nueva York, en Union Square Park, donde estuvo durante unas cuantas horas hasta que las autoridades del parque la retiraron. Se han hecho varias réplicas desde entonces y, actualmente, desde su sitio web el colectivo recibe donaciones a cambio de estas estatuas a escala humana. Trump apoyando la causa.

Discusión pública

En el sótano de la Metropolitan Baptist Church en Harlem hubo una discusión pública sobre cómo resistir contra Trump dirigida por la organización internacional Socialist Alternative. Allí se reunieron estudiantes, profesores, trabajadores y personas interesadas en construir una agenda pública contra la ola sexista, racista y xenófoba que se ve cada vez más en las calles.

Pareciera un arcaísmo hablar de socialismo en una de las ciudades del mundo más monopolizadas por el mercado. Los asistentes hablaban sobre cómo hacer una oposición activa a Donald Trump. Uno de ellos se paró en frente de los asistentes y dijo: “Si quieren unirse, únense; pero si no se quieren unir, propongan otra organización. Lo importante es que no nos quedemos parados”.

Ese era James D. Hoff, profesor de inglés y literatura de The City University of New York, quien luego me comentó de tres reuniones que habían tenido en Nueva York esa misma semana en Brooklyn, Queens y ahora en Harlem. Para él lo más sorprendente fue la marcha de más de seis mil personas el día después de la elección por Union Square. “Lo que yo dije fue que no es suficiente luchar solo contra Trump, un personaje creado por el sistema capitalista. Cuando el capitalismo está en crisis o declinando, y lo vemos a lo largo del mundo, la gente tiene dos direcciones para escapar de ello. Y eso es lo que estoy diciendo que está pasando ahora en Estados Unidos. Todo el mundo piensa que la gente votó por Trump; la verdad es que todos ellos están hartos del establecimiento, del neoliberalismo”.

Involucrarse. Unirse. Construir. “Sabemos que en este momento lo más importante es movilizar”, decía Sandy Arias, joven estudiante estadounidense de padres mexicanos, quien además hace parte de Alternative Socialist, una de las organizaciones líderes en la

actualidad de construir una agenda en contra de Trump.

Lo indiscutible es que han incrementado los ataques contra musulmanes, inmigrantes, mujeres y grupos LGBTQ (y todas las siglas que falte inventar). Las olas de protestas han sido proporcionales al tono desafiante del presidente electo. Es un principio de la psicología humana que cuando se habla y se hace visible algo que permanecía oculto, hay tendencia a que suceda muchas más veces.

Y tal vez esa sea la razón principal por la que el movimiento Black Lives Matter ha crecido y se nombra tanto en las calles. El movimiento nació hace cuatro años con el interés de defender las vidas de los negros, luego del asesinato impune de un joven afroamericano.

En la película *Nightcrawler* (2014) el editor le dice al reportero que no quiere tomas de latinos o negros muertos, quiere tomas de personas blancas asesinadas. Esa es la noticia, es lo que importa. No es un secreto, pero en términos generales, ha habido discriminación judicial, desinterés mediático e

invisibilización política en contra de los negros. Tal vez no sean acciones deliberadas, pero suceden.

Porque toda vida importa... aparentemente. No muy alejado de la realidad, en la agenda política y mediática se ha moldeado y esquivado, un término por otro: *All lives matter*. Sofismas de distracción. Ese suave balanceo de términos, esa moldura moral que disfraza lo ético en un “todos importamos”, desvía la atención principal: #BlackLivesMatter. Generalización como pérdida del detalle. Como decía un tuitero, decir #AllLivesMatter es como ir al doctor por una fractura en el brazo y este te dice: todos los huesos importan.

Ejercer la ciudadanía

Una de las opiniones públicas más escuchadas actualmente en los Estados Unidos es la del documentalista Michael Moore, reconocido mundialmente por abordar los temas más polémicos de la sociedad norteamericana actual: globalización, 9/11, el sistema de salud, economía, guerra y, más recientemente, Donald Trump. Como profeta inesperado, predijo la victoria de Trump desde julio de este año con un artículo llamado: “Cinco razones por las que ganará Trump”. Luego, el día después de las elecciones posteó en su cuenta de Facebook una “lista de cosas para hacer después de elecciones”, y hasta el momento que se escribe este artículo más de doscientas mil personas lo habían compartido y más de veinte mil lo estaban comentando. Léanlo.

En una entrevista para *LA Times*, Michael Moore rechaza que se le acuñara como activista. “No soy activista, soy un ciudadano. Es redundante decir que soy activista. Todos deberíamos ser activos”. A través de su perfil de Facebook abre una ventana pública a las decisiones ciudadanas. Le escribe a Obama, a Trump, invita a recoger firmas para el recuento de votos, y hace sus temerarias “listas de cosas para hacer”.

Por estos días había llegado el documentalista a la Trump Tower en la 59 St. Columbus Circle Station en una de sus clásicas puestas en escena donde él es el protagonista, con su gorra deportiva, talante bonachón, sujeto pasivo, inofensivo, pero como ciudadano con cara de interrogante e inquisidor. La fórmula Moore le ha funcionado muy

bien y le ha dado el reconocimiento que tiene hoy, por su efectividad y precisión, aunque a veces se pasa de *rockstar*. Véanlo.

En la ciudad desde la que escribo este artículo, Nueva York, los ciudadanos se manifiestan activamente en los espacios públicos, las expresiones políticas emergen de cualquier parte: marchas, protestas, seminarios, discusiones públicas, las llamadas “interrupciones sociales intencionales”, jornadas grafiteras y hasta *jam sessions*, para organizarse en contra de las políticas y agenda de un presidente que la mayoría de sus ciudadanos no quiere y que, por un sistema electoral antediluviano, fue elegido.

No saben cuántas cosas pueden hacer con un pedazo de cartón y algo de tinta: “*Love Trumps hate!*”, “*Not my president!*”, “*My body, my choice; her body, her choice*”, “*Pussy grabs back*”, “*Sauron will fall!*”.

Durante todo el año ha habido miles de manifestaciones en todo el país en contra de Donald Trump. En un día después de las elecciones pude contar 37 manifestaciones en diferentes lugares de Manhattan, y de todo tipo: sindicalistas, trans, estudiantes, hipsters, músicos, afros, inmigrantes, emigrantes, latinos, ciudadanos, ilegales. Casi todos están preparando nuevas marchas y protestas el próximo 20 de enero, cuando tomará posesión el nuevo presidente de los Estados Unidos.

Poderoso, imprevisible, *showman*, arrogante y, ante todo, temerario. Donald Trump es un fenómeno. Desde que empezó a sonar su nombre para ser presidente de los Estados Unidos han corrido aguas sucias en la política. Sobre la marcha quedaron atrás grandes líderes, la batalla final fue entre un multimillonario que nunca ha ocupado un cargo público y la primera mujer en la historia del país que podría llegar al Despacho Oval, un *reality* preciso para dirigir el país más poderoso del mundo. ¿Tendrá algo nuevo para contar *House of Cards*?

Cada comentario de Trump es una bomba. El dólar se disparó cuando ganó las elecciones. Cada vez que el futuro presidente comenta algo desde su cuenta de Twitter propicia un nuevo tema para una manifestación. De algún modo Trump es irresistible, es una carta abierta no al activismo político, sino a ejercer como ciudadanos, implacables. ☹



EMBUTIDO ARTESANAL



itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Encuétranos también en el Teatro Pablo Tobón

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros

Tel. 3216402928 - 375 7300

patfuenmayor@hotmail.com

En el Parque de los Deseos existe un planeta (*Kaldi*) y es delicioso ...



Empanada Argentina



Pascualinas



Kaldi

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Vísitanos: **Planetario de Medellín**, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

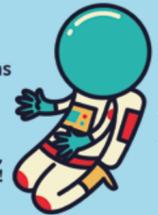
Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

solar a trigo y aroma de café

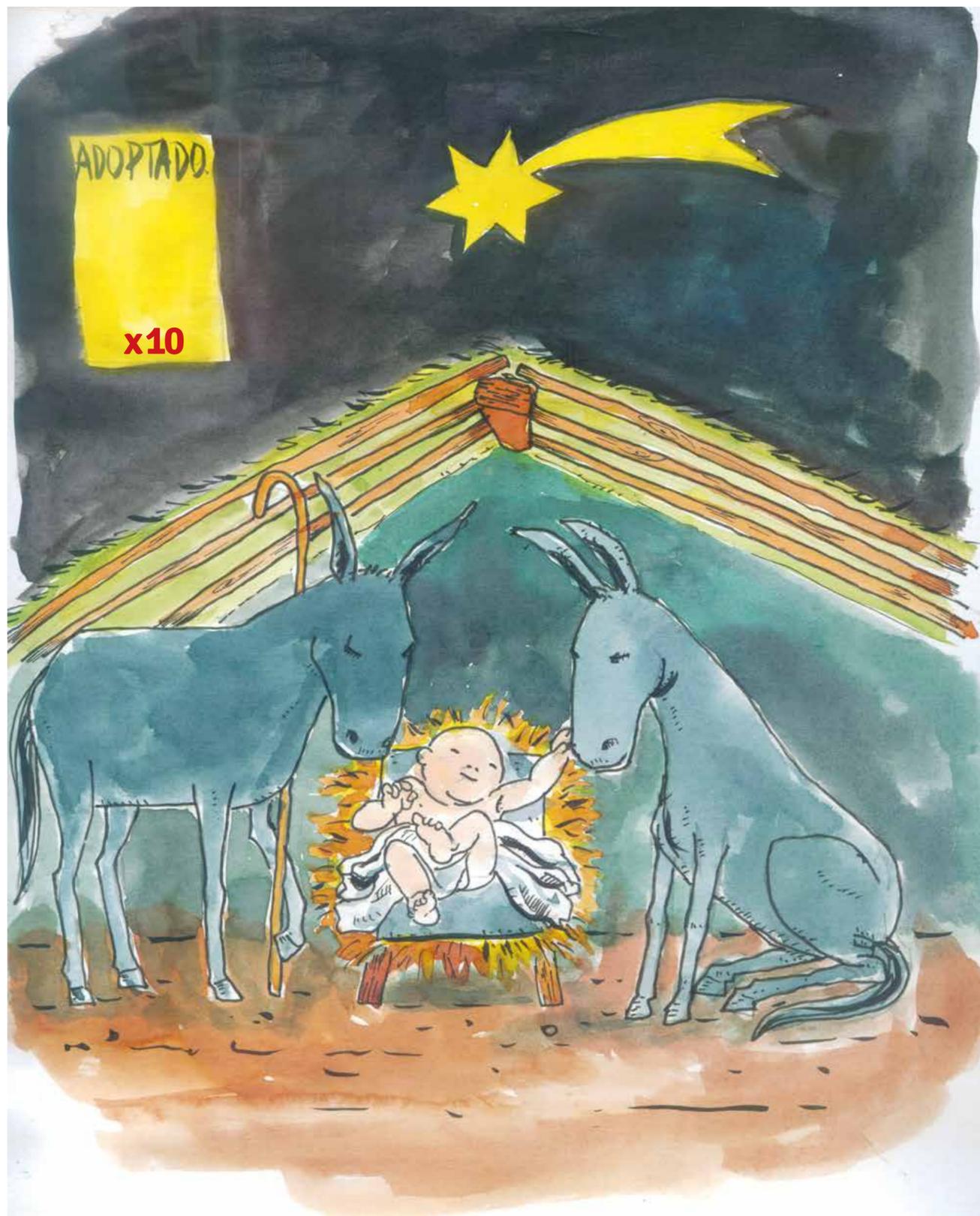
¿Quiere contactarnos para un proyecto web?

Diseñamos, desarrollamos, asesoramos, aconsejamos, participamos en conferencias o hacemos proyectos conjuntos.

...Y no descartamos un saludo, un café, un vino o unas cervezas!

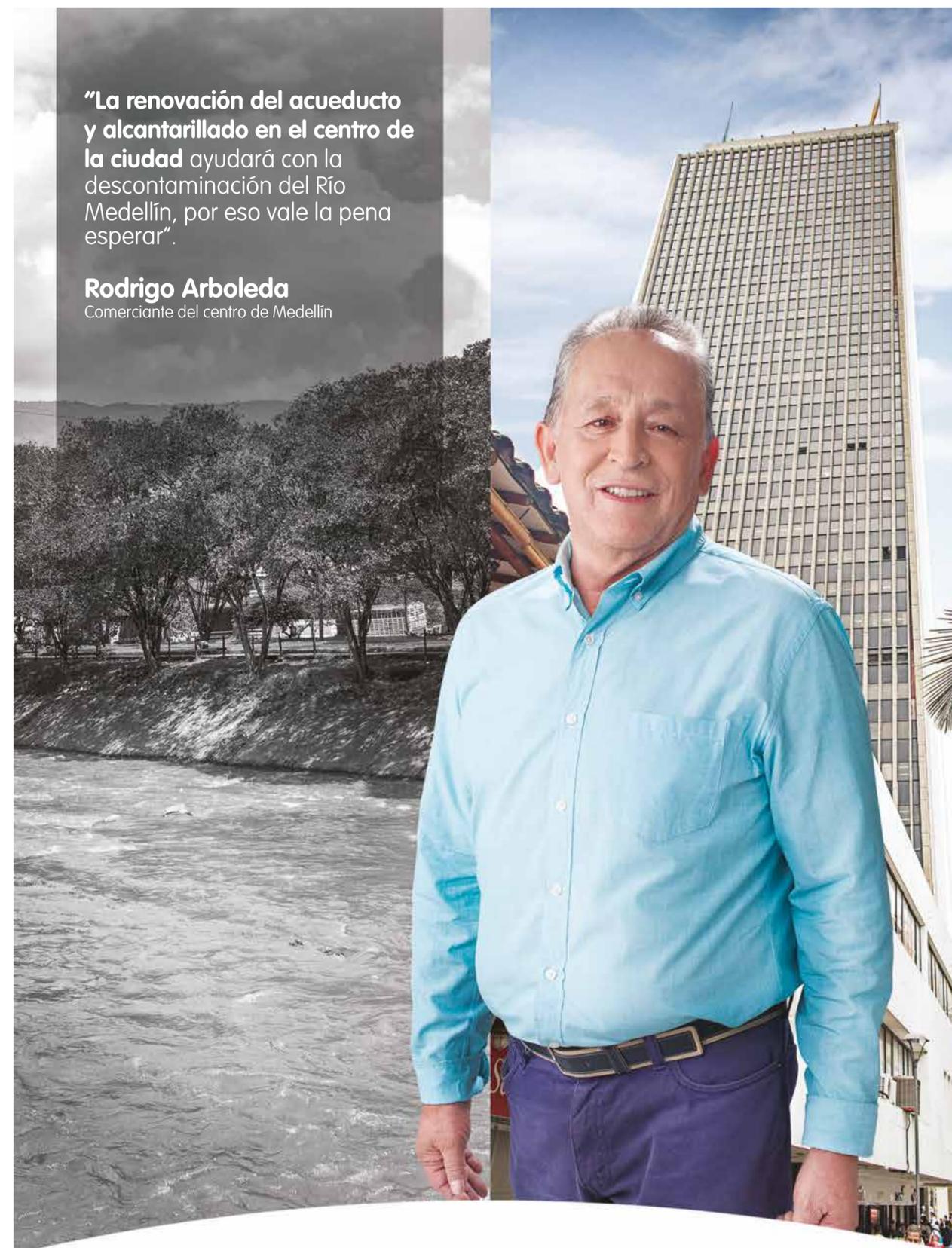


contacto@cochete.net Cochete.net



“La renovación del acueducto y alcantarillado en el centro de la ciudad ayudará con la descontaminación del Río Medellín, por eso vale la pena esperar”.

Rodrigo Arboleda
Comerciante del centro de Medellín



Por ti Medellín, estamos ahí
comprometidos con tu bienestar.



cinéfagos.net 10 años

cine colombiano, crítica de cine, cómics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet



A un Metro



Ven al Acuario Explora en Metro y luego al alumbrado

www.parqueexplora.org

